

# LA ILUSTRACION ARTISTA

PERIODICO-SEMANAL-DE LITERATURA-ARTES Y CIENCIAS



BARCELONA  
1904



LA

## ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

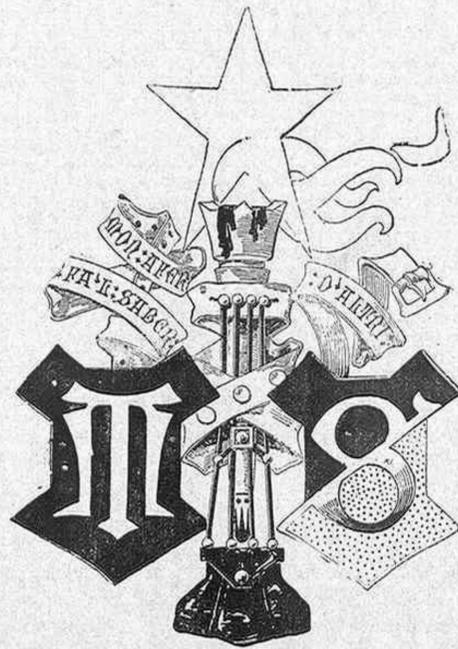
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXIII.—AÑO 1904

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1904

# La Ilustración Artística

Año XXIII

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1904 →

Núm. 1.148

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡FELIZ AÑO!, dibujo de Mas y Fondevila



**Texto.**—*El paso de los años y los siglos*, por Francisco Acebal. — *Devuelta*, por José Sánchez Gerona. — *La muerte y la vida*, por Rafael Ruiz López. — *Acumuladores eléctricos*, por José de Echegaray. — *A través de los museos de Europa. La estatua de Agripina*, por Rafael Balsa de la Vega. — *Cosméticos andaluzas. Vendedores ambulantes*, por José Gestoso y Pérez. — *La elegía de un jilguero*, por José Toral. — *El pozo negro*, por Carlos María Ocantos. — *Dicha segura*, por S. y J. Álvarez Quintero. — *Un hospital para pájaros*, por A. Rutger. — *La conquista*, novela de May Armand Blanc. — *Beethoven*, por Andrés Maurel.

**Grabados.**—**FELIZ AÑO**, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila. — Dibujo de José Calderé que ilustra el artículo *Devuelta*. — **VIUDO**, cuadro de Antonio Coll y Pi que ilustra el artículo *La muerte y la vida*. — **DEL NATURAL**, dibujo de Ramón Casas. — Dibujo de J. Diéguez que ilustra el artículo *Acumuladores eléctricos*. — **ESTUDIO AL PASTEL**, por Carlos Vázquez. — **DOLOROSO RECUERDO**, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila. — **ESTATUAS DE AGRIPINA** (de fotografía). — **EL VENDEDOR DE BOCAS**, dibujo de Salvador Azpiazu. — Orla de Alejandro de Riquer y dibujo de Nicanor Vázquez que ilustran el artículo *La elegía de un jilguero*. — **GUARDADORA DE GANSOS**, pastel de Arcadio Mas y Fondevila. — Dibujo de José Triadó que ilustra el artículo *El pozo negro*. — Dibujo de Méndez Bringa que ilustra el artículo *Dicha segura*. — **UNA ESCENA DEL QUIJOTE**, copia de un cuadro de José Moreno Carbonero. — Dibujos que ilustran el artículo *Un hospital para pájaros*. — Dibujos de Marchetti que ilustran la novela *La conquista* de May Armand Blanc. — Grabados que ilustran el artículo *Beethoven*.

## EL PASO DE LOS AÑOS Y LOS SIGLOS

En una estancia pasa la velada una familia. Es noche invernal, pero serena. En la estancia hay una chimenea grande, de hogar hondo; arden en ella troncos viejos y ramazón sarmentosa, chamarasca que al quemarse esparce fragancia de bosque y embalsama la habitación con perfume de otoño. Los troncos arden sin chisporroteo, con llamaradas humosas. Los sarmientos crujen, se retuercen, gimen al arder. Llena la estancia un calor suave y el perfume campesino de la hojarasca seca. En la dulzura del ambiente tibio se agrupa, se apiña la familia; se juntan amorosos los jóvenes y los viejos. Sobre una mesa redonda, cubierta con amplio paño verde, una lámpara da luz tranquila y escasa. La pantalla tamiza la luz y la estancia se sumerge en claridad tenue, en penumbra, que á largos intervalos se esclarece con los resplandores de la lumbre. Son llamaradas rojas, de centelleo siniestro, que iluminan los rostros y proyectan sombras misteriosas sobre los muros.

Al amortiguarse el fulgor renace la tibieza de la luz cernida, y con ella la calma, la suave placidez de la velada invernal, serena, tranquila.

Junto al hogar dormitan dos gatos: uno atigrado, otro negro. El negro está tendido y su pecho blanco rojea al fulgor de las llamas. El atigrado enrosca su cuerpo y recibe sobre el lomo la caricia de la lumbre. Los dos animalejos se acurrucan al calor del hogar y al calor de la familia.

Por una ventana grande, cuadrado panel de cristales menudos, se ve el bosque de ramaje escueto, de árboles apretados, que suben en líneas rígidas, muy juntas y que entretejen arriba sus copas desnudas. En la noche parecen árboles negros, carbonizados; con la humedad que los recubre se presentan aún más renegridos, destacando, sin embargo, aun en la lobreguez nocturna, sus troncos corpulentos y nudosos al borde mismo de la ventana. Parecen impregnados del misterio de la noche; su ramaje inmóvil, un ramaje muerto, y todo el bosque en quietud, silencioso, un bosque secular durmiendo con hondo sueño en el regazo de la noche serena y fría.

Se ven las estrellas con sus rebrillos verdosos en las profundidades del cielo límpido, puro, á través de una atmósfera de cristal; millares de estrellas que titilan con incesante parpadeo como estremecidas por el frío y que llenan la bóveda celeste de un claror azulado haciendo más intensa la lobreguez de la tierra, la negrura del bosque, la quietud de la naturaleza. El silencio es profundo; todo duerme; sólo alguna vez se oye en el ventanal un leve restallido de cristales que se estremecen con la helada ó que tiemblan al recibir el calor de la fogata. Pero en el bosque, ni el murmullo más tenue, ni el rumor más liviano. Ni un soplo de viento mueve las hojas caídas, ni las ramas desnudas. La calma del aire, la inmovilidad del bosque se aunan con el silencio misterioso, y la quietud de la noche aquietada y serena también las almas de los que velan. La calma nocturna acrecienta la impresión del frío intenso, y los de la estancia cálida se estremecen con palpitations de goce íntimo al mirar hacia afuera.

Es un viejo que yace sumergido en cómodo sillón frente á la lumbrada; las llamas no logran dar calor á su faz marmórea ni á sus ojos fríos. Son cuatro muchachas: hay tres que visten trajes blancos; hay una vestida de negro. Son dos niños pequeñuelos que corretean ó se tienden soñolientos á los pies del anciano, cerca de los gatos. Es un hombre de edad madura que lee un libro viejo bajo la lámpara. Es una señora que frente al hombre del libro viejo permanece enhiesta, en quietud de esfinge, y sólo sus dedos se mueven para tejer, sobre un acerico, hilos de seda.

Hablan todos y, sin embargo, no hay conversación ninguna; son palabras sueltas, frases volanderas que nacen en los labios y mueren en las almas. De cuando en cuando, se miran los unos á los otros, se interrogan con la vista, con mirada angustiosa y vuelven al reposo, tornan á sumirse en la inacción placentera, en el goce del silencio, de la paz nocturna.

EL ABUELO.—El frío arrecia.

LA SEÑORA.—El año muere.

EL ABUELO.—Y el moribundo tiritita.

LAS TRES MUCHACHAS.—Abuelito tiene frío. ¡Pobre abuelo!

EL ABUELO.—No es el frío de la noche, es el frío de la vida que se acaba como se acaba el año.

LAS TRES MUCHACHAS.—Verás reverdecir la primavera.

EL ABUELO.—La primavera del nuevo año adornará mi tumba. Y vosotras..., vosotras me llevaréis flores, gavillas de flores; las más frescas, las más olorosas.

LAS TRES MUCHACHAS.—¡Abuelo!

EL ABUELO.—Las primeras que broten.

LA MUCHACHA VESTIDA DE NEGRO.—Las primeras no serán, ni las más olorosas, ni las más frescas. Las primeras no serán, no pueden ser, abuelo.

Las tres muchachas de blanco rodean al anciano, le abrazan, le acarician y le besan en la frente.

LAS TRES MUCHACHAS.—No la creas. Su tristeza todo lo entristece. No la creas. Todos los años para ti las primeras.

EL ABUELO.—¿Siempre, Laura?

LAURA.—¿Por qué dudas?

EL ABUELO.—¿Siempre, Gloria?

GLORIA.—¿Por qué temes?

EL ABUELO.—¿Siempre, Celia?

CELIA.—¿Por qué tiembles?

Las tres muchachas se desvían lentamente del abuelo y junto al panel escudriñan el bosque. Cuchichean. Luego callan. Oyése el movimiento acompasado de la dama al tejer entre sus dedos pálidos las hebras de seda; oyése las hojas del libro al ser pasadas por el hombre que lee.

EL ABUELO.—Echad más leña al fuego; tengo frío. Mirad hacia fuera, cómo tiritan las estrellas; mirad el bosque inmóvil, helado. Echad más leña al fuego.

LAS TRES MUCHACHAS.—¡Vamos, vamos!

Las tres muchachas cogen brazadas de ramaje, de hojarasca seca y lo arrojan á la lumbre. Surge una llamarada roja, intensa. Los rostros de las tres muchachas se colorean, resplandecen en toda su hermosura envueltos en el nimbo de luz esplendorosa. El abuelo las mira y se sonríe. La lumbre reavivada recalienta el cuerpo del anciano. Su cabeza se inclina.

LAS TRES MUCHACHAS.—Silencio, silencio; dormita el abuelo.

EL ABUELO.—No; hoy no duermo; esta noche no se duerme; quiero sentir el paso de los años, que se deslizan en silencio para los indiferentes, para los despreocupados; el paso de los años, que misteriosamente repercute en el alma.

Todos miran al anciano. Hay un silencio largo que se funde y se auna con el silencio del bosque.

EL ABUELO.—Laura, Gloria, Celia, oíd la rama seca que cruje al quemarse y deshacerse en ceniza. Todo gime al morir; también los años gimen cuando mueren. ¿Nunca oísteis vosotras el liviano rumor de una hoja que se desprende del tronco, que cae y al caer murmura en el aire? Así caen los años. Se desprenden del tronco de la vida, revolotean un momento y caen con rumor suave, sólo perceptible para los que escuchan con el alma. Escuchemos; pronto va á desprenderse y caer. Escuchemos con el alma.

LOS NIÑOS.—Abuelo, á nosotros nos gusta que muera el año; quisiéramos que muriesen muchos años; cada año que muere es un caballo de cartón que mamá nos regala.

LAS TRES MUCHACHAS.—Abuelo, para nosotras cada año que muere es una esperanza que nace.

EL ABUELO (*muy bajo*).—¿Estáis enamoradas?

Las tres muchachas cogidas de la mano lanzan una carcajada que llena la estancia y que parece estremecer el bosque silencioso y obscuro. Las tres se alejan, y junto á la ventana miran la noche, sondean la lobreguez á través de los troncos negros; apretados. Sus frentes se apoyan sobre los cristales fríos, sienten

en el rostro la impresión de la helada, como si la noche yerta las besase con besos mudos. Permanecen las tres juntas, prolongando el goce de aquella caricia dé hielo y siempre con los ojos muy abiertos mirando hacia fuera, registrando ansiosas la obscuridad, alerta, vigilantes, inquietas. Murmuran palabras vagas, silabeaban frases sueltas. A través de los troncos blanquea levemente un sendero; se hace visible á la luz escasa que proyecta el ventanal, pero se pierde su rastro tortuoso. Las tres muchachas le siguen con la vista, indagando á lo largo sus revueltas, sus recodos, como si aguardasen á alguien que hubiera de venir sendero adelante.

Nadie llega.

EL ABUELO.—¡Cómo arde la chamarasca! Mirad las ramas, mirad las hojas que ahora nos dan calor y en el estío nos dieron frescura y sombra.

LA MUCHACHA VESTIDA DE NEGRO.—Al amor de la lumbre nacieron muchos amores.

LAURA.—Más nacieron en la primavera por los senderos llenos de matas en flor.

GLORIA.—Y en el estío bajo las copas verdes del robleal.

CELIA.—Y en el otoño por la alameda amarilla.

EL ABUELO.—¡Ja, ja, ja! El amor siempre nace.

LA MUCHACHA VESTIDA DE NEGRO.—El amor siempre muere.

LOS NIÑOS.—Abuelo, no habléis de muertes que luego soñamos cosas tristes.

EL ABUELO.—Pues yo hablando de cosas tristes sueño después cosas alegres. Todo es hacer del sueño vida ó de la vida sueño.

LOS NIÑOS.—¿Adónde va lo que muere? ¿Tú lo sabes, abuelo?

EL ABUELO.—Preguntad adónde va lo que nace, y es lo mismo.

Otra vez se corta la conversación naciente, y el silencio de fuera reina dentro. La noche es larga y las horas se deslizan remorosas.

El anciano encorva su cuerpo caduco, inclina á la vez su cabeza venerable sobre el pecho; parece adormecerse.

LA SEÑORA QUE TEJE.—¿Qué libro estás leyendo?

EL HOMBRE.—Un libro extraño.

LA SEÑORA QUE TEJE.—¿Y trata?..

EL HOMBRE.—De la vida y de la muerte.

LA SEÑORA QUE TEJE.—¿Y dice?..

EL HOMBRE.—¡Quién sabe lo que dice! Su lengua es tan extraña! Y tú, ¿qué tejes?

LA SEÑORA.—Tejo con los dedos estas hebras de seda, mientras tejo con el pensamiento los hilos de la vida.

EL ABUELO (*como si despertase de un sueño profundo*).—El año pasado, ¿recordáis vosotros cuántos éramos en la velada?

LA MUCHACHA DE NEGRO.—Uno más, abuelo.

EL ABUELO.—Es verdad: uno menos.

LOS NIÑOS.—Y el año que viene, ¿sabéis cuántos seremos?

EL ABUELO.—Uno menos.

El gato atigrado se levanta, arquea el cuerpo y con pisadas que suenan sobre las viras del suelo da una vuelta en torno de la estancia. Todos le miran, todos le siguen con la vista: el hombre que estudia, la señora que teje, los niños que juegan. El gato continúa impasible su paseo, indiferente á las miradas de todos, con gravedad de gran señor.

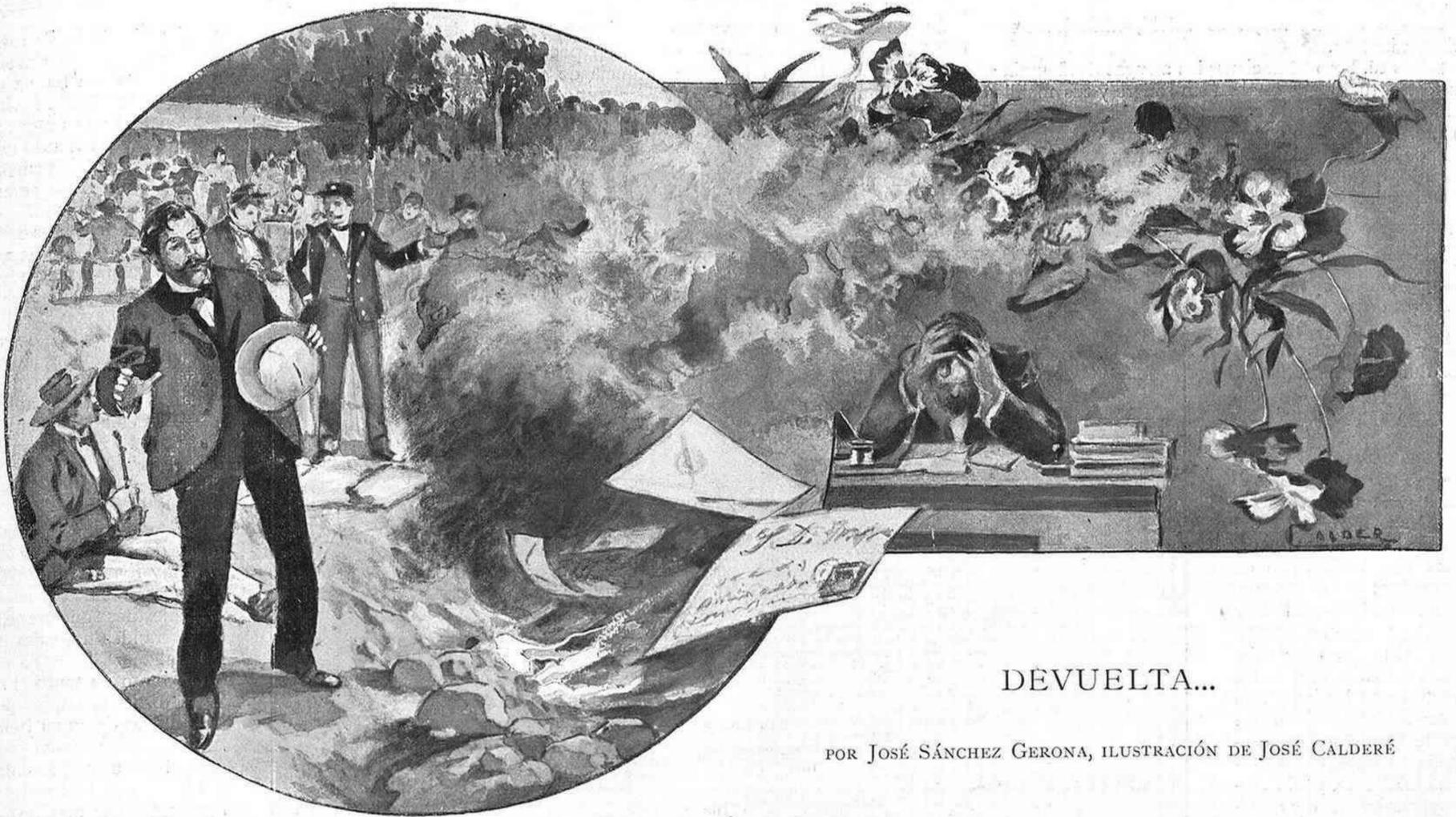
Aún no había terminado el animalejo de dar la vuelta á la estancia, cuando se oyó venir lejano, de la torre de la iglesia, el son hueco de una campanada y otras después, hasta doce campanadas. Vibraban solemnes y lentas en la noche fría, en el aire helado. Los cristales del panel parecían vibrar también estremecidos por el grave son de la campana.

Toda la familia se puso en pie, se agolpó al ventanal, miró al bosque, miró al cielo. Todos estaban estremecidos, todos creían que los demás hablaban, y no hablaba ninguno. Miraban hacia fuera con los rostros pegados al cristal frío, y entre tanto seguían vibrantes, lentas, las doce campanadas.

Rompió en llanto uno de los pequeñuelos; la muchacha vestida de negro lanzó un gemido; las tres muchachas vestidas de blanco, cogidas de las manos, se transmitieron el estremecimiento suave de sus almas. Todos, todos sintieron palpitar algo en el aire, en el corazón, en la vida.

Enfrente estaba el bosque con sus troncos renegridos, inmóvil, quieto, sin que una ráfaga leve le estremeciese, indiferente al paso del peregrino, al deslizamiento de los años.

EL ABUELO.—Mirad el bosque. Miradle. ¡Pobres de nosotros que nos estremecemos, que temblamos al paso de los años! Mirad el bosque: sólo se estremece al paso de los siglos.



## DEVUELTA...

POR JOSÉ SÁNCHEZ GERONA, ILUSTRACIÓN DE JOSÉ CALDERÉ

Todos los años quema la Administración Central de Correos millares de cartas que no han sido recogidas de la Lista ó devolvieron los carteros por no haber encontrado á los destinatarios. Este hecho destruye las presunciones de los desconfiados y cavilosos que creen que las cartas no se pierden, y toman las lamentaciones contra las deficiencias de este servicio como achaques de perezosos y camándulas de socarrones. No pretendo sostener que muchas veces no se excusen algunos con la mala organización de las Comunicaciones, echándole la culpa de la pérdida de una epístola que nunca fué escrita, porque al que estaba en el deber de dar cuenta de su persona, le faltó el tiempo, ó no le convino, ó no le dió la real gana de hacerlo.

Pero nadie negará que el almacenarse tantas misivas en un año, es un dato consolador en pro de la veracidad de los hombres... Y otro dato en favor de la veracidad de las mujeres... Lo que ya es algo.

Antes de quemar las cartas, varios empleados, elegidos para esta operación, abren los sobres y se enteran de lo que va dentro.

Cosa sencilla y corriente si las hay.

Si es dinero ó algo de interés, lo sacan, no para quedarse con ello, como podría sospechar algún malintencionado, sino para entregarlo en la Administración en unión de la carta que, después de leída, si arroja alguna luz sobre el paradero del que la escribió ó del que la debió recibir, es remitida con el adjunto contenido á cualquiera de los dos.

Cuando nada se averigua, va la carta al montón de las destinadas al fuego.

Después de meterlas en grandes sacas, son transportadas á las afueras, escoltadas por dos ó tres empleados, que aprovechan la ocasión de echar un día de campo. Por esto esperan á ejecutar el auto de fe en tiempo de sol espléndido.

A una jira de esta especie fuí cierta vez invitado por un amigo mío, oficial de la Administración de Madrid.

En tanto que se preparaba la comida, vaciáronse las sacas en un altozano próximo al Vivero, donde habíamos de pasar la tarde.

A punto de dar fuego al montón de papeles, levantóse una ráfaga de aire que arrebató algunos de ellos, transportándolos á bastante distancia.

En unión de mi amigo y sus compañeros me puse á recogerlos para arrojarlos en la llama, que amari- lleaba ligeramente bajo el sol.

Una de las cartas quedó enredada en un matorral, volado sobre un corte del terreno, y no alcanzando con el brazo, tuve que empujarla con el bastón al fondo del desmonte, adonde bajé á cogerla.

Del trabajo que me costó alcanzarla, nació en mí la curiosidad de saber lo que habría escrito dentro de aquel sobre, ya abierto, estropeado y sucio, y no pude resistir á la tentación de guardarlo para enterarme de su contenido, cuando tuviere ocasión de ello, sin que me vieran mis anfitriones.

Después que hubo ardidado todo aquel montecillo de escritos que representaba tantas horas de trabajo material, tantas ilusiones, tantos días de angustia aguardando una contestación que no llegaba, tanta mala nueva de la que el retraso habría prolongado durante algún tiempo la dicha de alguien, nada más que algún tiempo, porque las malas noticias siempre llegan; cuando se hubo extinguido el último rescoldo, cuando la brisa se llevó en su onda las últimas cenizas, nos dirigimos á comer, sin acordarnos para nada de aquellas cartas, entre las que habría quizá alguna última.

¡Qué triste es una carta última!  
Y decía así la que yo guardé:

«Tokío . . . . . (Aquí la fecha.)

». . . . .

. . . . . (Un nombre de mujer y dos

ó tres palabras cariñosas): Hoy hace dos años que no nos vemos. ¡Qué recuerdos tengo del día de nuestra separación! ¿Te acuerdas tú, con la misma claridad que yo, de aquel día?

»¡Han transcurrido tantos desde entonces!

»Yo tengo presentes todos aquellos momentos que pasamos juntos, sin que me falte la memoria de uno solo. ¡Si pudiéramos volver á pasarlos!

»Todo lo daría porque se repitieran aquellas veinticuatro horas postreras... y ¡mira que sufrimos!

»Cuando el amor nos hacía olvidar un momento la pena de la separación próxima; cuando los ojos brillaban con el fuego de los ardorosos deseos y los labios gustaban, trémulos de placer, la miel de otros labios queridos, una lágrima asomaba, apagando con su agua el fuego de los ojos primero, y amargando con su acíbar las dulzuras de los besos, al caer después entre nuestros labios unidos...

»Dices en la tuya que no me olvidas ni un momento. ¿Para qué me lo dices?

»No lo comprendo. Porque me figuro que no será como cosa rara ó digna de mención. ¿Qué te diría yo entonces, si tuviéramos que explicarnos nuestros pensamientos sobre lo que nos sucede ó describir las angustias de la ausencia, que tenemos la obligación de padecer. Este en mí es continuo; ni aun durante el sueño me libro de las garras de la pena, que me aprieta el corazón y me conturba el espíritu. Rara es la noche en que, después de dar mil vueltas en el lecho, viendo tu imagen entristecida mirándome en la sombra de la alcoba, no te me apareces nuevamente, cuando la fatiga física hace dormir mi cuerpo. Esperaría con ansia esta hora, porque durante ella te veo con más claridad aún que cuando velo, si no fuera porque casi siempre sueño de ti cosas que me hacen sufrir horriblemente.

»Después, al despertar, con darme cuenta de la ficción pasada y de la realidad presente, á veces no puedo desechar en mucho tiempo el residuo de tristeza que queda en el fondo de mi ánimo.

»De todas estas visiones, sin embargo, no se ha tardado en borrar ninguna tanto como la que hace varios días tuve. Voy á contártela, porque me impresionó de un modo, que estoy por creer que algún hecho real la motivó.

»Fué la noche del sábado al domingo 18 de mayo. Si te acuerdas de lo que hiciste esos días, quiero que me lo digas.

»Estaba yo en una calle sucia y oscura, de construcciones chatas; una calle que he visto sin duda alguna vez, porque recordaba los detalles de las casas, de las tiendas, de las rinconadas, según iba recorriéndola. No sé cuándo he podido verla. He pensado mucho sobre esto y no he conseguido sacar nada en limpio. A no ser que no fuera un recuerdo, sino un presentimiento...

»Sin saber por qué, me detuve ante un edificio de pobre aspecto y entré en un portal angosto y húmedo.

»Al entrar, me dí cuenta del motivo que me había detenido allí: iba á alguna cosa que ignoraba todavía, que pronto iba á saber, pero que me llamaba imperiosamente.

»Comencé á subir una escalera muy estrecha y resbaladiza. Sobre mi cabeza, en el tramo superior, sentía los pasos de una persona que yo conocía, que era algo mío.

»La escalera, como el portal y como la calle, estaba alumbrada, no por el resplandor del día, ni por luz artificial, sino por esa claridad especial que ilumina nuestros ensueños.

»Entré en un corredor y luego en una habitación pequeña, muy baja de techo.

»Allí había una mujer envuelta en un manto cuyo extremo inferior tocaba en el suelo.

»Era la persona que subía delante de mí.

»Tenía conciencia de ello, sin poder precisar, no obstante, quién era, ni por qué estaba allí, ni por qué conocía yo aquella casa y aquel cuartito.

»Todo aquello me era familiar; lo que yo ejecutaba me parecía naturalísimo, pero después de hecho. Antes no hubiera podido decir lo que luego había de hacer, ni la razón de ello.

»Antes de entrar en aquella sala, por ejemplo, no habría sabido explicar qué iba á encontrar en ella. Más tarde, al verla, no comprendía mi ignorancia anterior. Todos los muebles *me los sabía*. Como *me sabía* aquella casa y aquella calle; como debía saberme aquella mujer vuelta de espaldas.

»Aquí, la misma luz extraña que afuera. Veía las cosas como si cada una tuviera claridad propia que la hiciera perceptible por sí misma.

»No sé cómo explicártelo. Para que formes idea, figúrate que, por un don particular, pudiéramos ver los objetos en la obscuridad absoluta. Con esa *luz* era como yo veía todo.

»Perfumaba la habitación una fragancia que me era muy conocida. Olía á ti. Pero con una mezcla de otro olor acre. Parecía tu esencia enrañada por el tiempo.

»Luego, aquella mujer se volvió, mirándome con tristeza infinita.

»Eras tú. Pero tú anciana; las arrugas desfiguraban tu rostro, tus labios estaban sin sangre y tus mejillas pálidas. Mechones de cabellos grises encuadraban tu frente. Tu hermoso cuerpo se inclinaba delgado y débil por la edad. Solamente tus ojos negros no habían variado; brillaban con la misma pasión de siempre, entornándose amorosamente, como hacían cuando yo los besaba en los transportes de mi delirio.

»Me contemplaste un momento con una mirada preñada de recuerdos, de reproches por faltas sabidas y perdonadas, y con voz dulce me dijiste:

—»Mira, niño mío, mira qué viejecita y qué sola me encuentro.

»Yo me miré al espejo y me vi lleno de arrugas el rostro y la cabeza de canas. Nada más.

»Es posible que te parezca que nada tiene de particular todo esto y que ni merece la pena hablar de ello; pero no es el sueño en sí lo que me ha llamado la atención, sino los detalles que he intentado describirte; la claridad con que te he visto vieja, desvalida; tu amarguísima pena al hablarme, y sobre todo el ambiente de adivinación que parecía rodear estas ficciones, que se han grabado en mi alma con fuerza tenacísima, como visión profética que temo ver realizada en este mundo ó quizá en otro, como castigo de nuestros pecados. No sé qué temo por ti. Te presentaste con tal realismo, que me parece imposible que siga tu ánima habitando tu cuerpo.

»Tal vez no se podrá ya realizar mi ensueño sobre la tierra.

»¿Me contestarás en seguida?»

(Cariñosas frases de despedida y un nombre.)

Si esta narración llegase á manos del que escribió la precedente carta ó á las de quien la debió recibir y quisieran poseerla como recuerdo de una época de amargura, pueden pedir-mela acompañando las señas del sobre y las palabras suprimidas que indican los paréntesis, como prueba de su derecho á recogerla, con lo que me proporcionarán el placer de subsanar el error de no se sabe quién.

¡Ah! Un detalle: Escrito en el sobre con lápiz hay estas palabras, sin duda puestas por un cartero concienzudo y meticoloso:

«Devuelta por ignorarse su paradero.

»El 17 de mayo salió de su casa al obscurecer y no ha vuelto. Vivía sola.»

#### LA MUERTE Y LA VIDA

—Comprendo que debes sufrir mucho, Pepe mío, y que estarás anonadado al verme postrada é inútil para todo; pero ¿qué remedio?, la vida trae consigo estos dolores y hay que resignarse.

Y la enferma suspiró con angustia suprema y apretó entre las suyas, pequeñas y afiladas, las manos de Pepe, aquellas manos que tantas caricias la prodigaron, como si ellas fuesen capaces de sujetarla y hacerla permanecer en este mundo, donde gozó de tan santas y supremas alegrías.

Pepe, angustiado, quiso interrumpirla, protestando: se pondría pronto buena; él lo necesitaba mucho, mucho... ¿Qué iba á ser de ellos si no? Debía animarse y alejar de sí tristes ideas.

Sonrió melancólicamente la enferma y movió la cabeza negando. Conocía que le restaban pocos días de vida, pocas horas tal vez; la carencia de fuerzas era absoluta, y necesitaba para morir tranquila que Pepe le prometiese no entregarse al dolor desesperado.

—Siempre, agregó, te obedecí con sumisión de sierva cariñosa; siempre, hasta para lo más trivial, solicité tu consejo... Perdona si ahora te suplico, y si

des esfuerzos para no llorar; el padre le había recomendado mucho que no afligiese con sus lágrimas á la pobre enferma... Tonín reía, con la risa franca de la inocencia que desconoce los grandes dolores. Invitaba á su madre, con esa media lengua que es regocijo de los hogares felices, á que se levantara, y viendo que no lo hacía, acabó por preguntarle que si tenía sueño.

—Sí, sí; un sueño muy grande, hijo mío; muy grande y muy pesado; ¡un sueño que durará mucho!

Sacaron á los niños de la alcoba y la enferma repitió sus recomendaciones y consejos. Pepe la escuchaba, asintiendo con la cabeza; recomendándole de vez en cuando que no se fatigase; ya sabía que el médico le había prohibido hablar.

—Ese es un mal síntoma, Pepe..., un mal síntoma... Los médicos, cuando no saben ya qué mandar, lo prohíben todo.

Fué muy larga aquella noche de invierno; muy larga, muy triste y muy fría; en la casa reinaba el silencio majestuoso que precede á las grandes tragedias de la vida.

De tanto en tanto el silencio era interrumpido por los sollozos de aquel hombre; sollozos convulsivos de quien hace esfuerzos inútiles por contener un dolor que pugna por manifestarse francamente. Pepe recordaba su vida, vida apacible y serena de hombre que supo proporcionarse la felicidad: sus ilusiones de mozo, cuando trabajaba con afán para conseguir casarse con Amparo; sus amores idílicos y tiernos, sin arrebatos pasionales; el día feliz de su boda; la luna de miel, rica en ternuras, que aún duraban; el nacimiento de Carmen, que vino á ser como corona de tanta felicidad... Luego, se habían pasado muchos años deseando un niño, y Tonín había llegado, como una bendición del cielo, á aumentar la familia feliz... ¡Y ahora se iba á acabar todo!.. El idilio dejaba paso á la tragedia; la muerte separaría aquellos corazones que latieron al unísono durante tantos años... ¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué había hecho él?

Sin hablar ni quejarse, sonriente y tranquila, como quien cumplió á conciencia la misión que le fué en-

comendada, la enferma cerró los ojos al amanecer para no volverlos á abrir. Pepe, transido de dolor, se arrojó sobre el lecho: «¡Amparo!, ¡Amparo!», gritaba, como si con sus gritos desgarradores quisiera deshacer la obra fatal de la muerte. Y besaba con frenesí loco aquella frente por donde no pasaron nunca ideas pecaminosas.

El llanto de Tonín le hizo reponerse y darse cuenta de su situación, y corrió hacia la camita donde los hermanos dormían, mientras manos piadosas rendían el último tributo á su mujercita adorable.

Más tarde, apaciguando un poco su dolor, recordó las recomendaciones de Amparo, y pasó gran parte del día abrazando á Carmen, que lloraba desconsoladamente, aunque sin conocer la intensidad de su desgracia, y á Tonín, que con los ojos muy abiertos como si pretendiera atesorar la luz, sonreía con esa sonrisa de la inocencia, alegre como las alboradas.

Pepe sentía que aquel calor de sus hijos confortaba su corazón. Y cuando besó por última vez la frente de Amparo, juró ante la querida muerta vivir mucho tiempo, como si su vida dependiese de su voluntad, para ser el guía y apoyo de aquellos niños que acababan de perder á la mejor de las madres.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



¡Viudol, cuadro de Antonio Coll y Pi

deseo que mi súplica tenga para ti toda la fuerza de los imperativos.

Se habló de los niños: Carmen iba á cumplir pronto los catorce años, y estaba hecha una mujercita, capaz de llevar el peso de la casa; sería buena; él, tan santo, sabría guiarla, evitando que se perdiese en el intrincado laberinto de la vida; Tonín era el que necesitaba más cuidados. ¡Pobre Tonín, tan pequeño y tan lindo!..

Lágrimas ardientes, como no las había llorado nunca, nublaron los ojos de la enferma y corrieron por sus mejillas, al pensar en aquel pedazo de sus entrañas que iba á quedar sin el regazo amoroso de la madre cuando más falta le hacía.

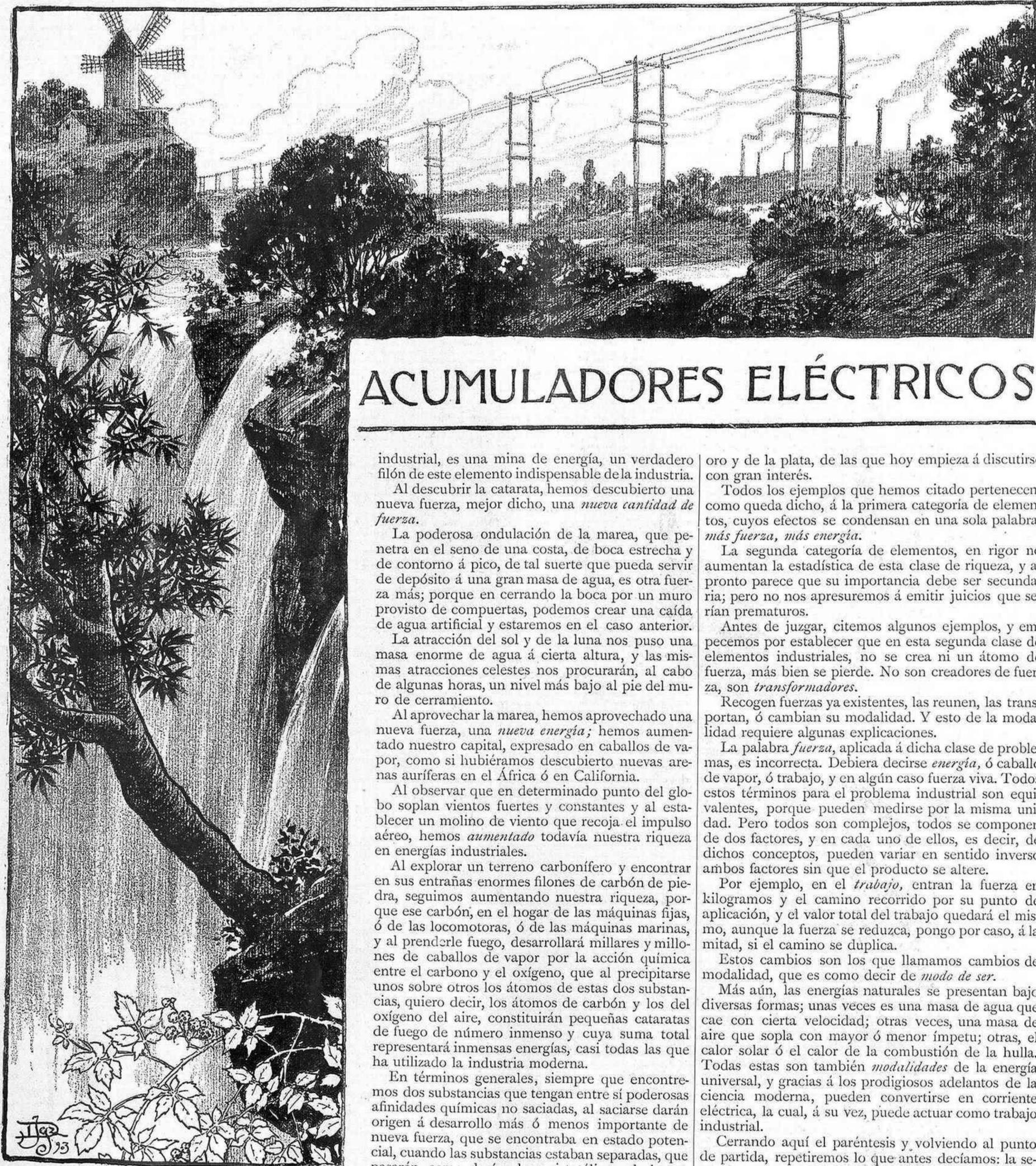
—Necesitas ser fuerte, muy fuerte, agregó; les haces mucha falta; ¡ellos no tendrán en el mundo á nadie más que á ti!

Cuando se hubo serenado un poco, suplicó que le llevaran á la cama á Tonín y que llamasen á Carmen; quería verlos una vez más, besarlos hasta caer rendida, aunque no satisfecha; cada hora, cada minuto podía ser el último, y no era cosa de desaprovechar los instantes cuando la muerte rondaba tan de cerca.

Carmen estaba acongojada, como quien prevé una desgracia horrible, y mientras besaba á su madre y recibía sus besos frenéticos de despedida, hacía gran-



DEL NATURAL, dibujo de R. Casas



## ACUMULADORES ELÉCTRICOS

industrial, es una mina de energía, un verdadero filón de este elemento indispensable de la industria.

Al descubrir la catarata, hemos descubierto una nueva fuerza, mejor dicho, una *nueva cantidad de fuerza*.

La poderosa ondulación de la marea, que penetra en el seno de una costa, de boca estrecha y de contorno á pico, de tal suerte que pueda servir de depósito á una gran masa de agua, es otra fuerza más; porque en cerrando la boca por un muro provisto de compuertas, podemos crear una caída de agua artificial y estaremos en el caso anterior.

La atracción del sol y de la luna nos puso una masa enorme de agua á cierta altura, y las mismas atracciones celestes nos procurarán, al cabo de algunas horas, un nivel más bajo al pie del muro de cerramiento.

Al aprovechar la marea, hemos aprovechado una nueva fuerza, una *nueva energía*; hemos aumentado nuestro capital, expresado en caballos de vapor, como si hubiéramos descubierto nuevas arenas auríferas en el África ó en California.

Al observar que en determinado punto del globo soplan vientos fuertes y constantes y al establecer un molino de viento que recoja el impulso aéreo, hemos *aumentado* todavía nuestra riqueza en energías industriales.

Al explorar un terreno carbonífero y encontrar en sus entrañas enormes filones de carbón de piedra, seguimos aumentando nuestra riqueza, porque ese carbón, en el hogar de las máquinas fijas, ó de las locomotoras, ó de las máquinas marinas, y al prenderle fuego, desarrollará millares y millones de caballos de vapor por la acción química entre el carbono y el oxígeno, que al precipitarse unos sobre otros los átomos de estas dos sustancias, quiero decir, los átomos de carbón y los del oxígeno del aire, constituirán pequeñas cataratas de fuego de número inmenso y cuya suma total representará inmensas energías, casi todas las que ha utilizado la industria moderna.

En términos generales, siempre que encontremos dos sustancias que tengan entre sí poderosas afinidades químicas no saciadas, al saciarse darán origen á desarrollo más ó menos importante de nueva fuerza, que se encontraba en estado potencial, cuando las sustancias estaban separadas, que pasarán, como decían los aristotélicos, de la potencia al acto cuando se combinen.

Y por último, para no hacer interminable esta enumeración, el día en que se descubra un receptor solar muy barato y se pueda recoger la fuerza solar en unos cuantos kilómetros cuadrados, habremos aumentado en una proporción enorme las energías de que hoy dispone la industria. Que por tal descubrimiento pudiéramos, no aumentar, meramente, las fuerzas industriales que hoy existen, sino multiplicarlas por ciento ó por mil, ó por cifras aún más elevadas. Esto sí que sería encontrar un filón de energías. Sería mucho más que encontrar toda una cordillera de montañas convertidas en oro macizo, porque el oro es elemento de circulación, mercancía útil por sí, pero útil sobre todo para el cambio; pero no fuerza, no energía, á menos que nuevos descubrimientos no encontraran en el oro energías químicas hoy desconocidas. Y claro es que aquí no hablamos de las aplicaciones medicinales del

oro y de la plata, de las que hoy empieza á discutirse con gran interés.

Todos los ejemplos que hemos citado pertenecen, como queda dicho, á la primera categoría de elementos, cuyos efectos se condensan en una sola palabra, *más fuerza, más energía*.

La segunda categoría de elementos, en rigor no aumentan la estadística de esta clase de riqueza, y al pronto parece que su importancia debe ser secundaria; pero no nos apresuremos á emitir juicios que serían prematuros.

Antes de juzgar, citemos algunos ejemplos, y empecemos por establecer que en esta segunda clase de elementos industriales, no se crea ni un átomo de fuerza, más bien se pierde. No son creadores de fuerza, son *transformadores*.

Recogen fuerzas ya existentes, las reúnen, las transportan, ó cambian su modalidad. Y esto de la modalidad requiere algunas explicaciones.

La palabra *fuerza*, aplicada á dicha clase de problemas, es incorrecta. Debiera decirse *energía*, ó caballo de vapor, ó trabajo, y en algún caso fuerza viva. Todos estos términos para el problema industrial son equivalentes, porque pueden medirse por la misma unidad. Pero todos son complejos, todos se componen de dos factores, y en cada uno de ellos, es decir, de dichos conceptos, pueden variar en sentido inverso ambos factores sin que el producto se altere.

Por ejemplo, en el *trabajo*, entran la fuerza en kilogramos y el camino recorrido por su punto de aplicación, y el valor total del trabajo quedará el mismo, aunque la fuerza se reduzca, pongo por caso, á la mitad, si el camino se duplica.

Estos cambios son los que llamamos cambios de modalidad, que es como decir de *modo de ser*.

Más aún, las energías naturales se presentan bajo diversas formas; unas veces es una masa de agua que cae con cierta velocidad; otras veces, una masa de aire que sopla con mayor ó menor ímpetu; otras, el calor solar ó el calor de la combustión de la hulla. Todas estas son también *modalidades* de la energía universal, y gracias á los prodigiosos adelantos de la ciencia moderna, pueden convertirse en corriente eléctrica, la cual, á su vez, puede actuar como trabajo industrial.

Cerrando aquí el paréntesis y volviendo al punto de partida, repetiremos lo que antes decíamos: la segunda categoría de elementos industriales no es una categoría creadora de fuerza, no nos hace más ricos de lo que éramos, en cuanto al caudal de energía, porque no aporta energías nuevas al gran mercado de la industria, y esto parece que disminuye la importancia de tales elementos. Pues sin embargo, son importantísimos, son trascendentales y dan un impulso titánico á la civilización.

No son creadores, son meramente transformadores; ¡pero el transformar las cosas vale tanto! Una transformación equivale muchas veces á una verdadera creación.

Casi todas las máquinas de los talleres, con sus ruedas, sus palancas, sus complicados é ingeniosos mecanismos, no hacen más que transformar la fuerza en el sentido que antes indicábamos, es decir, que cambian esfuerzos por caminos; y así, por ejemplo, en la prensa hidráulica se multiplica por ciento y por mil el esfuerzo inicial, obteniendo presiones colosales, ca-

En la industria, y también pudiéramos decir en la vida, y generalizando aún más, afirmaremos que en la Naturaleza, hay dos clases de elementos de inmensa importancia y de carácter distinto.

Unos que son *gérmenes* de fuerzas ó energías.

Y otros que ni engendran fuerza ni engendran energía alguna; pero que *transforman* las energías existentes que á ellos llegan.

Citemos algunos ejemplos de los primeros.

Da fuerza, ó dicho con más exactitud, trabajo disponible, ó empleando un término más general, energía, una catarata que se desprende en el seno de una montaña. Es una diferencia de nivel, y de alto á bajo, solicitada por la acción de la gravedad, cae una masa de agua. Pues aquí tendremos unos cuantos caballos de vapor dispuestos para ser utilizados por la industria. Esta catarata es una verdadera fuente de fuerza

paces de mover toda la torre Eiffel; como realmente se ha movido, ni más ni menos que se mueve y se nivela un teodolito dando vuelta á los tornillos de la base.

Así dijo Arquímedes que, como le dieran una palanca tan larga como él pidiese y un punto fijo en el espacio, él con su mezquina fuerza de hombre mortal, movería la Tierra. Podría, en efecto, multiplicar la fuerza; lo que no multiplicaría ó transformaría es el trabajo.

Al género de los transformadores, no de los creadores, pertenece la dínamo, invención prodigiosa, que yo creo que no tiene superior en todas las invenciones humanas.

No crea energía, pero las transforma todas en corriente eléctrica; es decir, las unifica, y unificadas las transporta por un hilo á centenares de kilómetros, para transformar de nuevo al llegar á los talleres la corriente transportada en trabajo industrial.

Si existía, por ejemplo, una catarata perdida en los repliegues de una montaña, y recoge su energía una turbina, y una dínamo la transforma en electricidad y de este modo llega la energía antes perezosa á 200 kilómetros de distancia, á trabajar en el centro de una fábrica, para la Naturaleza no habrá creación de energía; para el hombre, para sus industrias, es tanto como si la hubiera. A la Naturaleza no la enriquece; al hombre, sí.

Ahora se comprenderá la inmensa influencia que económica y socialmente tienen todos los transformadores de energía. A esta categoría pertenecen los *acumuladores* eléctricos.

No engendran fuerza; pero como su nombre lo indica, la acumulan, y la acumulan transformándola, y la conservan más ó menos tiempo; de suerte que vienen á ser transformadores en el tiempo, como la dínamo pudiera decirse que es un transformador en el espacio.

Gran invención fué esta de los acumuladores: eran una nueva maravilla, y siguen siéndolo; pero hasta hoy, puede decirse que los acumuladores eléctricos se parecen á ciertos niños precoces: á los cinco años asombran, á los diez asombran menos, á los veinte valen mucho, pero no todo lo que se esperaba que valiesen.

Los acumuladores, á pesar de todo lo que se han perfeccionado, distan mucho de una perfección siquiera sea relativa.

Los acumuladores son muy *pesados*, defecto grave, así en las máquinas como en las personas. Si el acumulador fuese mucho más ligero, sería de un uso constante, y su utilidad extraordinaria. Lo cual no quiere decir que hoy no se utilicen, y con ventaja en muchos casos; pero continúan siendo el niño precoz.

La teoría completa de los acumuladores eléctricos es más complicada de lo que se creyó en un principio; pero su teoría elemental, la puramente necesaria para formarse en globo una idea de cómo funcionan estos aparatos de la Física, es sumamente sencilla.

Acudamos á un ejemplo vulgar.

Supongamos una balanza; en cada platillo hay una pesa de plomo, y las dos son perfectamente iguales.

Además, sobre las pesas hemos esparcido dos montones exactamente iguales de limaduras metálicas.

La balanza, claro es, que estará en equilibrio.

Pues si cogemos la mitad de uno de los montones ó todo el montón y lo llevamos al otro platillo, el equilibrio se romperá en favor del platillo más cargado.

Al deshacer lo hecho y volver la limadura excedente á su primer platillo, se volverá á restablecer el equilibrio. Algo de esto sucede en los acumuladores.

La comparación ya sabemos que no es completamente exacta; pero ahora procuraremos precisar las ideas.

Un acumulador elemental se compone de dos planchas de plomo colocadas frente á frente en una

vasija, y sumergidas en un líquido ácido conductor de la electricidad.

Además, las dos superficies de las dos planchas de plomo que se hacen frente están oxidadas en el mismo grado de oxidación; lo cual significa que una y otra masa de plomo tienen en combinación la misma cantidad de oxígeno.

Y el sistema, por su propia simetría, está en equilibrio. Es como la balanza de nuestro ejemplo.

De una y otra parte hay masas iguales de plomo, y sobre ambas están esparcidos el mismo número de átomos de oxígeno, como en nuestro ejemplo la misma cantidad de limaduras. Que en vez de limaduras metálicas fuese polvo de oxígeno solidificado, y la semejanza entre los acumuladores y la balanza sería aún mayor. Mayor decimos, no completa, porque en el ejemplo las masas están superpuestas, y en el acumulador el oxígeno está combinado con el plomo.

Hasta aquí, el acumulador es un sistema inerte, hasta donde puede ser inerte un sistema material, que nunca lo es; mas para nuestro caso, como inerte podemos considerarlo.

La primera operación para aprovechar los efectos de un acumulador, es *cargarlo*, para lo cual se hace que una corriente eléctrica pase por uno de los plomos y salga por el otro, utilizando la conductibilidad del líquido ácido en que los plomos están sumergidos.

Prescindiendo de sutilezas químicas, que no son del caso, lo que sucede al cargar un acumulador es una cosa muy sencilla.

La corriente eléctrica arranca materialmente el oxígeno de la lámina de plomo por donde dicha corriente penetra, es decir, lo desoxida; reduce toda la superficie á plomo puro en estado esponjoso, y al oxígeno se lo lleva á la otra lámina, caminando en el sentido de la corriente, y la sobreoxida.

Ni más ni menos que en nuestro ejemplo cogíamos toda la limadura de un platillo ó una parte de ella y la echábamos en el otro.

Allí desequilibrábamos la balanza, aquí hemos desequilibrado el acumulador; hemos roto su simetría: de un lado tenemos plomo puro, de otro lado plomo sobreoxidado.

Procurar en la Naturaleza desequilibrios, es preparar fuerzas. La fuerza nace siempre del desequilibrio, de la desigualdad: de la igualdad, nunca. La igualdad es la muerte, el estancamiento, la charca.

Haber desequilibrado el acumulador, es como haber dado cuerda á un resorte, como haber tendido la cuerda de un arco, como haber subido un peso á cierta altura. Y obsérvese que el acumulador no va á engendrar fuerza por sí, no es de aquellos aparatos de *primera clase* de que antes hablábamos. El acumulador nos devolverá, cuando más, la energía que empleamos para cargarlo; y decimos cuando más, porque en esta evolución, siempre habremos perdido una parte de fuerza.

Así cargado el acumulador, dura muchas horas, y cuando se quiera aprovechar la energía latente que contiene, no habrá que hacer otra cosa que unir por un alambre los dos plomos.

El aparato buscará su equilibrio, como la balanza de nuestro ejemplo; buscará su simetría; tenderá á ser lo que era; á tener tanto oxígeno sobre un plomo como sobre el otro. En suma, nacerá una corriente eléctrica en cuanto se cierra el circuito, y la mitad del oxígeno del plomo sobreoxidado, volverá á su plomo primitivo, para que el oxígeno total esté repartido igualmente entre ambos.

Como esta operación la hace la corriente eléctrica, y ésta no puede circular si no hay camino cerrado, por eso es preciso unir los dos plomos por fuera del aparato con un alambre.

De lo contrario, la pista de la electricidad está, por decirlo así, cortada y no puede haber corriente, ni la electricidad puede coger al oxígeno que sobra, para

volverlo á traer, y perdóneseme la comparación, á la casa paterna; no podré decir de su padre, pero sí de su plomo.

Cargamos el acumulador haciendo pasar una corriente eléctrica y provocando de este modo una reacción química, ó sea, desoxidando un plomo y sobreoxidando el otro. Al descargarse el acumulador, al deshacer la combinación química, se engendra otra corriente que en cierto modo y para los efectos prácticos es como si hubiera estado latente y almacenada en el acumulador.

No hay, pues, creación de energía, hay verdaderamente transformación de energía en el tiempo. La corriente de hoy se utiliza muchas horas después, y á veces hasta algunos días más tarde.

Pero como el acumulador es portátil, también puede afirmarse que la energía se transforma *en el espacio*. El acumulador se carga en una fábrica, por ejemplo; se lleva cargado á un automóvil, y en él funciona como fuerza motriz. Esta es su gran ventaja.

Pero los acumuladores, entre otros inconvenientes, tienen uno gravísimo, que ha sido causa de que tan admirables aparatos no se extiendan tanto como en un principio se creyó que iban á extenderse; inconveniente que limita y entorpece sus aplicaciones.

Los acumuladores son muy pesados, defecto grave, ya lo hemos dicho. Si el acumulador pudiera reducirse á la parte verdaderamente útil, si pudiera disminuirse la mayor parte del líquido y la caja del acumulador pudiera ser muy ligera, no hay duda que este invento sería de un uso constante.

Pero el peso muerto es enorme, y aunque se han construido acumuladores de diferentes substancias, parece que hasta ahora ninguna puede substituir ventajosamente al plomo, y el peso específico del plomo es enorme; y la masa inútil de plomo que entra en los acumuladores, es más enorme todavía, á pesar de todos los inventos y de todos los adelantos.

Esto no obstante, debemos anunciar á nuestros lectores que se habla de un nuevo acumulador inventado por Edison, en que al plomo se substituye la plata. El peso de estos acumuladores se asegura que es la séptima parte del que tienen los acumuladores ordinarios, para igual cantidad de energía eléctrica acumulada.

Si esto se confirma, el nuevo invento tendrá extraordinaria importancia; porque si bien es cierto que la plata es mucho más cara que el plomo, no lo es menos que no habrá que emplear más que la séptima parte en peso, y que el exceso de gasto será inicial, y no habrá que repetirlo, porque no se consume materia en los acumuladores.

Esta sería una verdadera revolución en muchos ramos de la industria eléctrica.

Por otra parte, el precio de la plata subirá, y en España, por ejemplo, la subida podría influir beneficiosamente en los cambios: hay que aprovecharlo todo.

No ya un acumulador de plata, un acumulador de oro, en que el peso se redujese á la vigésima parte, pongo por caso, de los acumuladores actuales, sería un acumulador de aplicaciones importantísimas.

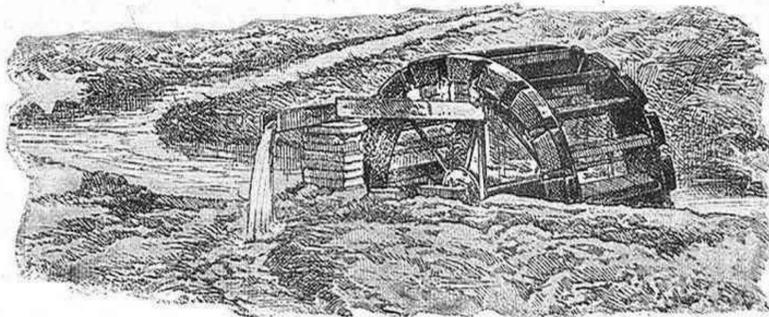
Lo malo es que todo acumulador se funda en la facilidad de las oxidaciones y desoxidaciones, y que estas acciones químicas son mucho más difíciles en la plata que en el plomo, y del oro no hay que hablar.

Pero quién sabe si reduciendo el oro á estado coloidal y empleando líquidos especiales, no se podrían obtener resultados que hoy ni siquiera se sospechan.

¡La Naturaleza está tan llena de misterios!..

Estos misterios son unas veces nuestra desesperación, otras veces nuestra esperanza, no pocas nos proporcionan grandes triunfos, y descubiertos ó no descubiertos, y sobre todo en este último caso, son los estimulantes más poderosos del genio de la invención.

JOSÉ ECHEGARAY.





ESTUDIO AL PASTEL, por Carlos Vázquez



DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Mas y Fondevila

## A través de los Museos de Europa.—Estatuas de Agripina

El Museo Capitolino es uno de los más interesantes de Roma. Emplazado en la famosa colina en donde terminaban los triunfales cortejos de los vencedores á quienes la ciudad Eterna concedía el honor de la apoteosis, debe su fundación al Papa Sixto IV, que lo regaló al pueblo, juntamente con obras de arte antiguo de inapreciable valor arqueológico, artístico é histórico.



Estatua sedente de Agripina en el Museo Capitolino

Una de las joyas que contiene la sala quinta de este Museo, sala llamada *de los bustos de los Emperadores*, es la estatua sedente de *Agripina*, la madre de Nerón y última mujer del imbecil Claudio.

Pertenece esta estatua al género de las *simulacra iconica*, y como la de *Livia* y la de la *Julia de Tito*, existentes en el Vaticano, Agripina está representada en matrona.

Sabido es que el género escultórico más en auge en Roma fué el icónico. La vanidad de las grandes familias patricias por un lado y la adulación popular por otro contribuyeron á que el retrato en bulto adquiriese una importancia y un desarrollo no igualado jamás. Algunos historiadores calculan en *diez y ocho mil* las estatuas que había en la ciudad de los Césares al mediar la tercera centuria de la era cristiana; cerca de la mitad eran retratos. Mas, con ser tantos, pocos han llegado hasta nuestros días que merezcan el honor de considerárseles como obras maestras. Un valor tienen, sin embargo, casi todos los bustos y estatuas icónicas que de entonces conocemos: ese valor es el que tan interesantes hacen las estatuas encontradas en los *Mastabas* y pirámides reales de la época menfita: el realismo de la copia.

\*\*\*

Pasitelés, escultor nacido en la Gran Grecia que recibió el derecho de ciudadanía el año 87 antes de Jesucristo, extendió en Roma su influencia creando una escuela de la cual son muestras las citadas estatuas de Julia y Agripina, la de Octavio y alguna otra de este estilo. Pasitelés modelaba en cera la figura, que estudiaba directa y escrupulosamente del natural, antes de tallarla en el mármol ó fundirla en bronce. Su estilo era sencillo, y su escrupulosidad en el estudio del modelo, grande. De Pasitelés se derivó un arte que pudiéramos calificar de naturalista, por su brutal sinceridad. Este es el distintivo del verdadero arte romano. No escatimó ni una arruga, ni un repliegue de las facciones, aun el más insignificante. Realmente, nada tuvieron que agradecer á los artistas las damas y los caballeros á quienes retrataron. La lisonja no movía ni el escoplo ni el palillo.

Pero, dentro de esa sinceridad terrible, hubo algunos escultores que, dotados de imaginación y buen gusto, siguieron las huellas de los últimos helenizantes, entre los que se cuenta dicho Pasitelés, y escul-

pieron bustos y estatuas en los cuales á la verdad escrupulosa y á lo enérgico del modelado, supieron unir una gran distinción en los movimientos y en las líneas, acusando al propio tiempo los más salientes rasgos del carácter moral del retratado. Una de las estatuas que poseen todas esas buenas condiciones es la sedente de *Agripina* del Museo Capitolino.

La hija de Germánico era todavía físicamente una esbelta y apuesta matrona, á pesar de sus dos matrimonios, cuando se unió á su caducito; pero si hemos de creer á los historiadores, su ambición, su orgullo y su crueldad superaban á su belleza. En la estatua sedente del Museo Capitolino, cuya reproducción fotográfica acompaña á este artículo, puede advertirse lo primero, esto es, la elegante línea, amplia y voluptuosa, de la madre de Nerón, en la edad en que más gustaron griegos y romanos de representar á las mujeres (salvo contados y especiales casos): en el otoño de la belleza femenina. En dicha estatua el artista representó la terrible emperatriz en un momento en el que la ambición y la crueldad satisfechas, no atormentan aquella alma limpia de todo buen pensamiento y aquel corazón frío como el hielo.

*Agripina* aparece en esa icónica sedente atenta tan sólo á mostrar su belleza: á ser la primera entre las hermosas, como era la primera en autoridad. Y justo es reconocer que las exuberantes líneas de su cuerpo, que se atisban al través de la túnica y del manto ó toga, merecen la admiración que produce la belleza, y que el amplio busto y los torneados cuello y brazos de la imperial matrona son un dechado de perfección.

Pero la crítica moderna ha puesto en entredicho el que esta estatua sea la de *Agripina*. Las razones en que se apoya la crítica son de gran peso. El tipo fisonómico de esta icónica difiere bastante del del busto señalado con el número 14 que de la mujer de Claudio se conserva en el mismo Museo del Capitolio. La nariz de dicho busto es ligeramente gruesa hacia su extremidad y la cara redonda; por otra parte, el peinado es de sortijas, y en la estatua es ondeado y de rodetes superpuestos. En cambio la estatua también sedente de *Agripina* que guarda el Museo de Nápoles y que reproduce otro de los grabados de esta página, parece ser de una autenticidad indiscutible. El peinado es idéntico al del busto que arriba cito, y el corte de la cara como el de la nariz son parecidísimos también y concuerdan al propio tiempo con el perfil de la *Agrippina* del famoso camafeo en ónice que se admira en el gabinete de antigüedades de Viena. Por último, el modelado es más franco y sencillo en la estatua de Nápoles que en la de Roma. Un detalle. La silla de las llamadas *curules* en que ambas icónicas aparecen sentadas, difieren en que en la de Nápoles las cuatro patas están al aire y en el asiento no hay almohadón, mientras que en la de Roma las patas de la silla solamente se indican en el *bloc*.

Serían insuficientes estos reparos puestos á la icónica capitolina, si no viniesen á aumentar su fuerza otros de gran importancia y que pertenecen al orden psicológico. En el rostro de la estatua del Capitolio, así como en la naturalísima y elegante posición de los brazos, no se advierte lo que pudiéramos llamar *parecido espiritual* con la *Agripina* histórica. En esta estatua, la fisonomía de la madre de Nerón acusa más bien dulzura que otra cosa; en el movimiento general, deseo perfectamente femenino de agrandar, por la gentileza de la apostura. No así en la estatua de Nápoles: en esa icónica, la expresión del rostro es el de una persona á quien acosan las preocu-

paciones. Ligerísimamente inclinada hacia adelante la cabeza, con los labios fruncidos, los ojos, que parecen mirar duramente, medio entornados y contraídas las comisuras de la boca, la *Agrippina* cruel surge tal y como nos la pintan sus hechos y la describe la Historia. La posición de los brazos y de las manos de esta icónica concluye de darle ese carácter de dureza inflexible que se advierte en el rostro: ambos brazos descansan sobre los muslos y sus manos se juntan: la derecha aparece cerrada y la izquierda la abarca, casi la oprime.

Verdaderamente, las observaciones de la crítica son justas y de gran peso: de tanto, que entre los arqueólogos y artistas comienza á designarse la estatua del Museo del Capitolio llamándosele *estatua de dama romana*. Pero, en mi juicio, tal designación no está por completo justificada. Hay puntos oscuros que aclarar antes de dar como apócrifa la *Agripina* de Roma. A no ser que, como vengo pensando desde que he visto y estudiado ambas estatuas, sean una; la de Nápoles, la icónica de la abuela de Nerón, y la del Capitolio la de la madre; cosa que no me atrevo á afirmar rotundamente, por cuanto Pierre París en su estudio acerca de la escultura antigua, el conde Cico-



Estatua sedente de Agripina en el Museo de Nápoles

gnara, Muntz y otros dicen textualmente: *la tête légèrement inclinée, avec une expression dure et mechante de visage, la mère de Neron nous apparait telle que nous la montre l'histoire*, etc. A pesar de esto, la duda no se me desvanece, por cuanto al hacer más arriba el estudio comparativo fisonómico entre una y otra estatua, hallo las diferencias de bulto que podrá apreciar el lector en las reproducciones adjuntas.

Cierto que hay coincidencias verdaderamente singulares en dichas icónicas. En primer término, la posición (sedente) de ambas estatuas, no adoptada en aquellos días para ninguna otra, ni masculina, ni femenina, está de perfecto acuerdo con el orgullo de la hija de Germánico. En segundo término, la indumentaria de ambas estatuas es exactamente igual. En tercer término, la disposición de los paños no discrepa en un ápice. En cuarto lugar, está el movimiento de las figuras que, excepto el de los brazos, dice á voces que la misma persona sirvió de modelo para ambas icónicas. Respecto del peinado, ya sabemos la inmensa variedad de los usados por las damas romanas, quienes cambiaban cuasi diariamente la forma en que disponían sus cabellos.

¿Cómo se explica que el busto y el camafeo citados más arriba por mí, y que representan á la madre de Nerón, se parezcan á la *Agripina* del Museo de Nápoles y no á la de Roma? Para mí pudiera explicarse esto por la persistencia de un error arqueológico é histórico. Pero ante las afirmaciones de autoridades como Muntz y Pierre París, inclino la cabeza y me limito á exponer mis dudas.

R. BALSAS DE LA VEGA.

## Costumbres andaluzas.—Vendedores ambulantes

Una de las plagas que pacientemente tenemos que soportar los que vivimos en las capitales andaluzas, es la de los pregones que lanzan todos aquellos que se proponen dar á conocer al público sus mercancías. Desde el amanecer comienzan con voces estentóreas á hacerse presentes; y el carbonero y el panadero y los vendedores de frutas, yendo de casa en casa y deteniéndose en cada puerta, despiertan al vecindario, que ve sacudida su pereza en términos tales, que hay que perder la esperanza de reconciliar el sueño. Y no se crea que tan abusiva costumbre es transitoria y que concluye al transcurrir las primeras horas de la mañana; sino que, por el contrario, á medida que el día va entrando se van sucediendo otros y otros vendedores, hasta tal punto que los vecinos de las calles podrían pasarse sin relojes, y para averiguar las horas no tienen más que escuchar ciertos pregones. Los hay, pues, que comienzan con el día, otros cuando va mediado, no pocos por la tarde y, finalmente, también se les encuentra por las noches. Estos son los menos escandalosos, pues escogen por teatro de sus operaciones el interior de las tabernas, ofreciendo cangrejos, camarones y mojama, grandes estimulantes del vinillo de la tierra y de la manzanilla.

Entre los que podremos llamar *despertadores* cuéntanse los panaderos de Alcalá de Guadaíra, villa próxima á esta ciudad, famosa por su grandioso castillo árabe y por su pan, cuya bondad, según dicen, es debida á las aguas de sus ricos veneros y á la manera de amasarlo. Su consumo en Sevilla es tan considerable, que basta sólo ver el número de panaderos que entran en la ciudad al amanecer, haga bueno ó mal tiempo, para formar juicio de la importancia de este negocio. Montados en robustos mulos, sobre enormes angarillas forradas de lienzo interior y exteriormente, con sus sombreros de ala ancha y sus blusas de crudillo, véseles venir por el camino de la Cruz del Campo formando nutrido escuadrón, entretenidos, ya en chispeante plática, ya escuchando las coplas flamencas que alguno de ellos entona, las cuales producen melancólico efecto por su cadencioso ritmo, escuchadas en medio de la soledad de los campos y al despuntar el día.

Llegados á las puertas de la ciudad, cada uno emprende distinto derrotero y se dirige, ya á la plaza de abastos donde tiene su puesto, ya al barrio en que cuenta con parroquianos, hasta ver terminada la venta de su mercancía.

Entrada la mañana, suceden á aquéllos los de los pajaritos *pelaos* y demás vendedores de aves; los hortelanos; el *tío* de los alcauciles con sus grandes ristas de tan sabrosos vegetales; el del arropo, que añade siempre á su pregón «¡buen dulce de vendimial!...» el pescadero, que suele ser de los más escandalosos; la gitana, que pregona caracoles burgaos, llevando con gran desenfado sobre la cabeza la humeante olla que los contiene, y tantos otros más, cuya enumeración sería enojosa.

Párrafo aparte merecen, sin embargo, el florero, que no se limita á pregonar como los otros, sino que á los nombres de las flores acompaña larga relación en que especifica los colores y cualidades que las distinguen; tipo zumbón, maleante y galanteador de mujeres, lo mismo viejas que jóvenes, pues para todas tiene, ya una frase picaresca y satírica, ya un requiebro más ó menos hiperbólico. Algunos pregones de floreros han logrado pasar á la generación actual, y todavía recuérdanse en Sevilla los del famoso Quijada, que aún no ha encontrado rival.

Hoy puede considerarse como sucesor de aquél, por su gracejo y excelente voz, el que se anuncia cantando «¡...deshollinadores y escobas y... qué buenos escobones!...» y decimos cantando, porque de una frase tan corta saca singular partido, en fuerza de las modulaciones de voz, de los gorgoritos en que se detiene al terminar cada palabra. Más de una vez ocurre que en una misma calle encuéntrase el de los escobones y el de las bocas, y entonces es cosa de ver cómo, interesado el amor propio de ambos, establécese una rivalidad en la que interviene y de la cual es juez el sexo femenino. «¡Bocas de la Isla... como la leche qué buenas bocas!...» Así repite el vendedor del exquisito marisco, que se entona y templea su voz acercando la palma de la mano izquierda hasta taparse el oído del mismo lado. Cuando estas luchas ocurren en los barrios clásicos de la gente flamenca, en San Bernardo ó en la Macarena, llegan á formarse verdaderos bandos, dividiéndose las opiniones, y entonces no es extraño que lo que comenzó en alegría concluya en bronca ó mayúsculo escándalo.

Los vendedores ambulantes de bocas y demás mariscos, los floreros y otros, que suelen ser gentes maleantes, de costumbres alegres, que jamás han pensado en lo porvenir ni en las amarguras de la miseria, que viven al día y que no conocen siquiera la aspiración de mejorar sus condiciones de vida, para los cuales el ahorro es un mito, suelen desaparecer de la escena social durante algunos días, reapareciendo al cabo de ellos con su misma alegría y su misma gracia. Si se les

pregunta qué ha sido de ellos, contestará alguno sin rebozo que «cansado un día, se terció una juerguesita, y vendiendo jasta la casa santa, las bocas y er canasto, se jué con unos amigos á las ventas de la Macarena, tomando una tajá tan grande, que er mundo se jundió, y emparmándola ar día siguiente, no supo más sino que despertó en la prevención, donde los guindillas lo llevaron por mor de una bronquiya que había armao.»

Estas apariciones intermitentes repítense con bastante frecuencia, pues como todo le es igual, lo mismo le da dormir en su casa que en la prevención, comer bien ó mal; y así, tan fácilmente malgasta en un instante el fruto del trabajo de varios días, con tal de divertirse un rato.

Esta indiferencia y despego hacia las cosas de la vida, que constituyen el bienestar para la mayor parte las gentes, es uno de los caracteres distintivos de muchos andaluces, los cuales, criados en medio de las mayores privaciones, faltos de instrucción y de estímulos, contentáanse con vivir al día, atendiendo, como Dios quiere, á sus escasas necesidades.

Empiezan desde sus primeros años por desprenderse de toda autoridad de familia, y si consiguen proporcionarse un canasto, que llenan de mariscos ó de flores, dedícanse á su venta. Durante el día recorren las calles, haciendo estaciones, á veces largas, en las casas de vecinos, en los corrales de los barrios; en los cuales con gran facilidad olvidáanse del interés del negocio, ya por unos ojos negros, ya por una boca fresca ó por unos labios aterciopelados, más todavía que las rosas de su canasto. Cuando se ve entre *ellas*, dejaría de ser quien es, si no se entretuviera en chicleos con todas, que después si no le compran nada le han proporcionado un rato de alegría. ¿Y que más que alegría tiene él que buscar en el mundo?

Si á media mañana no ha entrado en su cuerpo la gracia de Dios, no hay que apurarse, ya entrará, que nunca falta el grano á los pajarillos del campo, y él sabe á qué horas y en qué tabernas están los hombres de rumbo, y conque él llegue y *eche* un pregón, en seguida le llaman, lo hacen sentar, le dan dos medias cañas y «toíto lo que se l'antoje.»

Pues si esto es de día, aún más seguridad tiene de que no ha de acostarse sin cenar, acudiendo adonde le quieren bien, donde se gastan el parné y donde no hay nunca miseria ni penas.

No bien aparece en la puerta del camarote de la taberna donde se derrocha el vino y se canta y se baila, y con estentórea voz dice «¡... y traigo camarones y bocas de la Isla y cangrejos vivitos!...» que gritanle que entre, y muy poco tarda en volcar toda la mercancía contenida en el canasto sobre las blanquísimas tablas de la mesa, que no sólo le pagan espléndidamente, sino que come y bebe á costa de la alegría de sus parroquianos.

Y así un día y otro, siempre es el mismo. Como apenas tiene necesidades, todo le sobra; convencido como está de que él nació para ochavo y no llegará á cuarto, todo le es indiferente, pues si una enfermedad le agobia, para eso está el hospital, y si llega á viejo y no puede trabajar, el asilo ó el hospicio ahí está para los infelices como él.

No pasó ciertamente por su cabeza, allá en su juventud, que aprendiendo un oficio, llegando á dominarlo, con su trabajo y con sus economías podría no sólo salvarse de la miseria, sino hasta hacer fortuna bastante para tener una vejez tranquila. Este lenguaje es para él tan desconocido que nunca pudo entenderlo. Su libertad y su gusto; tales fueron los móviles de sus acciones, y fuera de ellos no concibió la vida. Ley suprema para él fueron sus deseos; y así, no es de extrañar que la contrariedad, la oposición á aquéllos le irrite, le ciegue, y que en un momento dado, atropellándolo todo, den con su cuerpo en la celda de una cárcel. Aun allí mismo se sentirá satisfecho porque hizo *lo que le dió la gana*.

Desgraciadamente, el tipo que he tratado de esbozar es muy frecuente en Andalucía, y á vendedores se meten todos los que sienten tendencias á la vagancia; advirtiéndole éstos, por lo general, dedícanse á la venta de aquellas mercancías que no son las que satisfacen las primeras necesidades, sino á las que por su índole especial los aproximan á las mujeres y á las gentes alegres.



VENDEDORES AMBULANTES

El vendedor de bocas



## LA ELEGÍA DE UN JILGUERO

(POEMA EN PROSA)

### I

Pii pii, piipii... gorjeaba el jilguerillo dando saltos en el interior de su dorada jaula: hacía un año que se hallaba prisionero, que había perdido su santa libertad, y el pobre pájaro lanzaba al aire sus dulces trinos preñados de tristezas y lágrimas, de nostalgias del bosque y dejos de infinita ternura.

Recordaba con esa punzante melancolía con que se recuerda siempre el bien perdido, su hermosa vida de gurriato libre entregado á sus propios deseos y á sus propias fuerzas; recordaba los árboles de entrelazado ramaje, llenos de susurros y de poesía; la espléndida masa de hojas verdes y frescas que ofrecían al mismo tiempo grata sombra y bienhechor asilo; las nubecillas blancas que en las tardes de estío se recortaban en el azul del cielo y parecían flotar en el espacio como bullones de gasa ó como ampos de nieve; los campos de doradas espigas que el vientecillo retozón y entremetido agitaba suavemente meciéndolas sobre sus flexibles tallos; aquellas espigas á las que acudían en alegre bandada todos los pájaros de la vecindad á picotear entre jugueteos y píos los sazonados granos: por recordar, hasta recordaba, con esa extraña poesía de las cosas pasadas, aquellos días del crudo invierno, en que la nieve cubría los aleros de los tejados y las desnudas ramas de los árboles, y en que ellos tiritando de frío se sacudían las alas y se acurrucaban unos junto á otros para encontrar un poco de calor, un poco de abrigo á las durezas de la ventisca.

Recordaba, recordaba tantas cosas, tan agradables y tan lejanas, que no es extraño que el pobre pajarillo, piase con un desconsuelo que llegaba al alma y se diese de golpes contra los alambres de la jaula, buscando inútilmente una salida que le pintaba el deseo y le cerraba de golpe y porrazo la realidad; buscaba con loco empeño aire en que volar, aquel aroma del bosque, aquella vida errante, aquella salvaje independencia que eran amor de sus amores, síntesis de todos sus deseos y que bañaban su alma con esa dulce melancolía de los recuerdos lejanos y de los ideales imposibles.

### II

No faltaban al jilguerillo mimos ni cuidados, ni era su vida la miserable vida del prisionero entregado á su triste infortunio: la jaula era una preciosidad; toda de alambre dorado, que relucía al sol y daba envidia á los pájaros vecinos; todo limpito y bien dispuesto, y los granos de alpiste y la hojita de fresca y blanca escarola no le faltaban nunca, como tampoco le faltaba el cariño de aquella niña de rubias trenzas y ojos azules, de aquella niña que á veces le sacaba de la jaula y, aprisionándole suavemente, le acariciaba con sus blancos dedos y cubría de besos su linda cabecita.

No consolaba esto al mísero, ni consistía tampoco su pesar únicamente en la prisión que se le hacía más eterna que la misma eternidad: su dolor era más profundo, más vivo; era uno de esos dolores que laceran el alma y destrozan la vida: el pobre estaba enamorado, enamorado como un loco.

No lo dudéis; los pájaros también sienten, también lloran, también aman: de dos en dos andan las palomas; de dos en dos emprenden las golondrinas sus largas peregrinaciones. Nada más poético que un nido, nada más hermoso que ese amor que inmoviliza al ser más movable de la creación y le sujeta á dulces deberes.

Los pájaros sienten, los pájaros lloran, los pájaros aman: por algo son las palomas el símbolo más bello de los amores puros; por algo se llama nido á la habitación conyugal; por algo el amor es gorjeo de almas, canto de ruseñores.

El jilguero estaba enamorado, enamorado de aquella hembra que todas las mañanas, sin dejar una, venía á detenerse en los alambres de su jaula á cantarle amores con el pío más dulce que hayan podido escuchar en la vida oídos de pájaro.

### III

Desesperábase el pajarillo, sosteniendo impotente lucha contra el triste destino que le encerraba en la jaula, en vez de permitirle volar á su antojo con su hermosa compañera por esas regiones quiméricas del viento, que sólo á los pájaros les es dado franquear; pero en su misma desesperación, que se traducía en gorjeos de infinita tristeza, tenía el inflexible consuelo de ver que la avecilla, fiel á sus dulces promesas



GUARDADORA DE GANSOS, pastel de Mas y Fondevila

acudía todas las mañanas llevándole un aliento de vida, un rayo de alegría que disminuían sus amarguras y levantaban su espíritu.

El amor obra el milagro, siempre renovado, de consolar todos los dolores y despertar todas las esperanzas. Es algo inexplicable que por enmarañados senderos y por misteriosas causas penetra en el corazón, arraigando en él, robusto y poderoso, renovando sus ilusiones y poniendo en cada uno de sus latidos un germen de vida, un aliento de juventud; es algo que inunda el alma de extraña dulzura, substituyendo en ella la negra noche en que duerme por el espléndido día á que de repente amanece; es el algo que todos sienten y nadie explica, que disipa las tristezas y engrandece la vida, que redime y eleva; cadena sin fin que une á todos los seres y renueva todos los mundos.

## IV

El jilguerillo enamorado soñaba, y sus sueños ni tenían límites ni reconocían obstáculos. Cuando ella acudía, siempre hermosa, siempre dulce, llevando en las temblorosas alitas la frescura y el perfume del bosque, todo se lo figuraba fácil, abandonado á esa mágica ilusión que dora los tortuosos senderos de la vida y que hace piadosamente que en el alma humana nunca se ponga el alegre sol de la esperanza ni nunca caiga por completo la triste noche del desengaño.

Soñaba con escaparse de su prisión; soñaba con el bosque; soñaba con formar en uno de sus árboles el caliente nido, cuando la primavera, renovando la savia, hinchase sus secas y desnudas ramas, haciéndolas estallar en una explosión de hojas y de flores.

Soñaba..., ¿á qué decir lo que soñaba, si el amor es siempre un sueño de color de rosa, un sueño que participa algo del éxtasis y del delirio, un hermoso sueño á que se entrega el alma con dulce abandono, pero que la mente no concibe ni la balbuciente palabra expresa?

## V

El pajarillo se moría; en vano le renovaban con amorosa diligencia las hojas de escarola, el alpiste y el agua. Arrinconado, sin moverse apenas, con la mirada perdida en el espacio como si en el espacio bus-

case algo que le faltara, lanzaba al aire sus hondas penas; su canto era el canto del cisne, y al morir exhalaba sus notas más finas, sus gorjeos más dulces.

Acabáronse las ilusiones y acabáronse los sueños; cayó para siempre y de repente sobre su corazón la noche con su manto de tinieblas, el desengaño con sus tristes amarguras.

El pajarillo se moría; no era su forzada impotencia, no era su triste prisión, ni las nostalgias de la vida errante lo que le mataba con lentitud cruel, con una lentitud que era un sufrimiento, una amargura más.

La pajarilla no volvía; la pajarilla abandonaba á su pobre amante á todos los desalientos de la tristeza, á todas las locuras de la desesperación; en vano la llamaba con gorjeos preñados de lágrimas y de ternuras, con gorjeos en que ponía pedazos de su corazón, todas las ansias sin satisfacer, todos sus anhelos sin esperanzas, todas sus ilusiones y todos sus alientos de vida; la pajarilla, hembra al fin, sorda á sus quejas, indiferente á sus dolores, no volvía; la pajarilla abandonaba á su amante á todos los desalientos de la tristeza y á todas las locuras de la desesperación.

## VI

El pajarillo moribundo levantó de repente la decaída cabecita y abrió los turbios ojos: ruido de alas, alientos de vida llegaban hasta su prisión; algo que le recordaba horas felices perdidas en las nebulosas lejanías del tiempo y que hacían revivir en su alma goces pasados. Revoloteando alegremente, avanzaban hacia el balcón, para buscar sin duda fresco asilo entre las flores que le convertían en improvisado jardín, dos jilguerillos, macho y hembra; venían contentos, abandonados á esos juegos de amor que tan dulcemente saben, que iluminan la existencia con una ráfaga de alegría y la aromatizan con misterioso perfume; esos juegos de amor á que se entrega la juventud loca, aturdida, que vive en un instante todas las venturas y todos los placeres para olvidar las horas largas, interminables de dolor y desencanto, de hastío y desilusión.

El pajarillo moribundo los vió detenerse entre las flores, gorjearse mimos con sus más dulces trinos, pisotear alegres y descuidados los alambres de la jaula en que él, maltrecho y herido, triste y desesperado,

sentía concluirse la vida en lentísima agonía y en absoluto abandono.

## VII

El jilguerillo en su forzada prisión, vió lo que nunca hubiera querido ver. Aquello fué un nuevo dolor para su alma herida por tantos dolores, lacerada por tantos latigazos de la loca fortuna: la pajarilla que alegre, contenta, abandonada á todos los encantos de la vida gorjeaba mimos á su feliz compañero, era la misma ingrata, tornadiza y traidora que también á él le había mentido dulces promesas, en aquellos tiempos en que venía á detenerse en los alambres de su jaula á cantarle amores con el pío más mimoso que hayan podido escuchar en la vida oídos de pájaro.

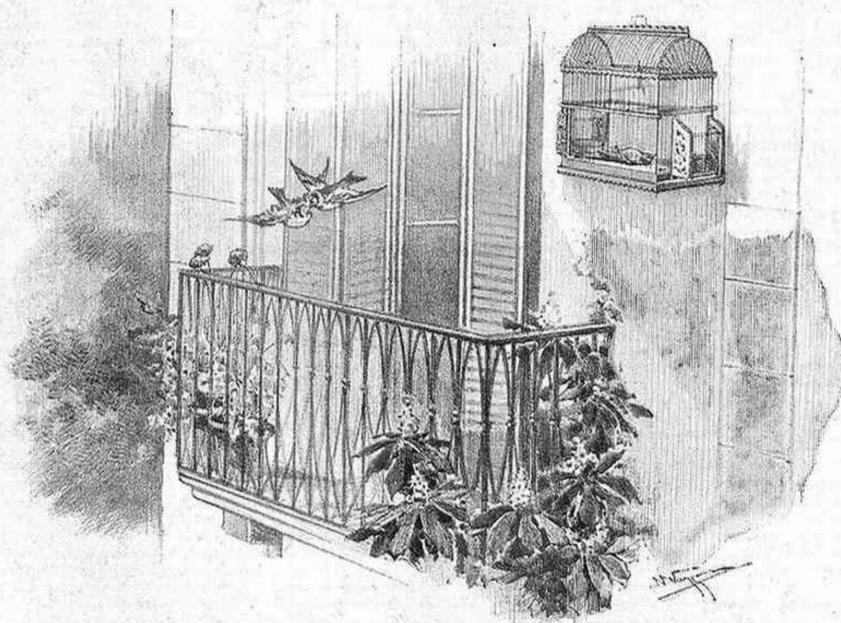
El jilguerillo, con impotente energía, aleteando desesperadamente, quiso romper aquellos alambres, buscando una salida que le pintaba el deseo y le cerraba la realidad, hasta que, vencido por el esfuerzo y ahogado por la pena, cayó sobre el suelo de la jaula, lanzando un trino que, más que trino, era rugido, imprecación, blasfemia, mientras los felices amantes, asustados, levantaban el vuelo y se perdían en las lejanías del horizonte, alegres, abandonados á esos juegos de amor, que tan dulcemente saben, que iluminan la existencia con una ráfaga de alegría y la aromatizan con misterioso perfume.

## VIII

El jilguerillo amaneció muerto. Una gotita de sangre en el pico, los ojos turbios y vidriosos, el plumaje lacio y desordenado era todo lo que revelaba la lucha sostenida, los dolores sufridos.

No lo dudéis: los pájaros sienten, los pájaros aman, los pájaros sufren, los pájaros lloran... Y ¿verdad que cuando de repente se ven disipados los sueños, derrumbados los ídolos, muerta la fe en el ser querido que comunica calor al alma y llena de vistosas imágenes la mente, es natural que se acabe lo que queda de esta pobre vida, dolorosa peregrinación en la que el alma no hace más que tejer y destejer una suprema ilusión nunca realizada y un hermoso ideal nunca conseguido?

JOSÉ TORAL.





## EL POZO NEGRO

Era el oficio de Pedruco el más sucio, repugnante y duro que puede ofrecerse á hombre menesteroso y condenado á ganarse el pan entre la inmundicia; quiero decir, que Pedruco era pocero, de estos que en las cloacas y alcantarillas, en la propia entraña de la caverna humana, metidos hasta la cintura en el lodo nauseabundo pasan las horas de sol envenenando sus pulmones por limpiar ajenos detritos. Para apenar con oficio semejante, ya que otros no se le brindaban fáciles á su honradez y á su hambre y á las exigencias de la mujer que su mala estrella le diera, necesitaba el infeliz buen estómago, cabeza sólida, puños robustos, piernas firmes y nariz poco vigilante y nada melindrosa, dotes todas que Pedruco poseía en tal grado, que bajaba á lo profundo y subía sin bascas ni mareos, cual si acabara de recorrer encantados jardines.

Paréceme inútil apuntar que no olía á rosas Pedruco, y eso que el mozo, después de cada viaje por las espantosas regiones de la porquería, se lavaba en dos aguas y ponía la cabeza bajo el chorro de la fuente para que la *Selma*, su mujer, no hiciera aspavientos y huyera de su contacto. En esto era Pedruco tan extremo, que no cabía más: aparte del lavatorio obligado, se mudaba la ropa interior, se frotaba la barba y las manos con una pastilla de jabón de las menos ordinarias y hasta solía rociarse con esencias baratas en que empleaba el fondo destinado á los cigarros. Pero sea que la fetidez la llevara pegada al cuerpo y no valieran las aguas del diluvio, todo era volver del trabajo y entrar en la cocina, donde ella preparaba la cena, y advertir el mal humor, el desdén y la frialdad de su Anselma.

Podrá el hombre diferenciarse de otro en la fachada; pero por dentro y en lo esencial, influya mucho ó poco la cultura, lo mismo siente Pedruco el pocero que

el noble coronado de hojas de perejil. Y lo que Pedruco sentía cuando la *Selma* esquivaba sus brazos, frunciendo la nariz con asco intolerable, eran celos furiosos, celos del Juanón, el carpintero del lado, su rival en los días del noviazgo, cuando la suerte no le había hecho descender todavía al bajo oficio de ahora, y gracias á su apostura y al gato de su padre logró vencer en buena lid á sus rivales.

Qué tuviera ó dejara de tener la *Selma* con Juanón, no es cosa averiguada, y aunque lo fuese no habría para qué señalar manchas en la honra de hombre tan limpio como Pedruco; que si se lavoteaba y fregaba en dos aguas cada día, por mantener inmaculada la suya era capaz de verter la sangre de Juanón entera y la de todos los Juanones libertinos.

Celoso estaba, pues, Pedruco, con razón ó sin razón, y cada vez que la *Selma* huía, como digo, pensaba en venganza tan horrible cual la de cortar la nariz, para que no le oliera á él y Juanón no la deseara ya, desfigurada. Destruído el órgano olfativo, parecía evidente que aquello que le separaba de su mujer y denunciaba el perverso espía, ahuecando las alas con soplitos de alerta, quedaba disimulado, y la *Selma* (si es que la coquetería no tomaba cuenta del ultraje) vería en él al hombre enamorado que por ella y su bienestar se prestaba humilde á tan asquerosos menesteres.

Metida esta idea en la cabeza, Pedruco no perdía de vista á su enemigo. Causábale grandísima rabia observar cómo movía la puntita sonrosada y fina, antes que los ojos, sus compañeros, le descubrieran, y el que la higiene, la más pura de las esencias, no sirviera para despistarla ó calmar su irritante sensibilidad. ¡Maldita nariz!, ¡fisgona de mil demonios!, tan graciosa, sin embargo, que nadie diría estaba en guerra constante con las moléculas todas olorosas....

\* \* \*

Una mañana vió Pedruco que salía la *Selma* muy entapujadita, y allí se fué detrás, porque el serrucho de Juanón le rechinaba en las orejas á todas horas. Pisando levemente, la siguió por aquellas callejas, muy contento de que su enemigo, que asomaba moradito de frío por la puntilla del velo, no le soplara á su dueña que el hediondo marido andaba cerca; y así, la sogá tras el caldero, entró la *Selma* en la iglesia y escondióse Pedruco en la obscuridad, tan bien que ni la nariz ni los ojos de su mujer podían delatarle. Seguro estaba Pedruco de lo que iba á pasar: el aparecer de Juanón, el encontronazo con la infiel, la desaparición de ambos por la puerta traviesa y el repentino y vengador navajazo suyo, que suprimía para siempre y de raíz la causa del divorcio de dos almas.

Pero no pasó nada de esto, sino que la *Selma* se arrodilló al pie de un confesonario, pegó la entapujada cabeza á la reja y contó al señor cura lo que su nariz la contaba á ella ó lo que Juanón contaba á sus oídos.

Avergonzado, Pedruco soltó el cabo de la navaja y miró al señor cura, que poquito á poco iba des-

ciendo al fondo de aquella alma... ¡Ay!, como él, cuando en lo más hondo del pozo no veía ya luz y le asfixiaban los miasmas, el señor cura alzaba la cabeza y los ojos, buscando aire y claridades. ¡Qué sucia, pero qué sucia debía de estar la conciencia de la *Selma*!, ¡y qué perdido iba á salir el señor cura de la inmersión en aquel lodazal!

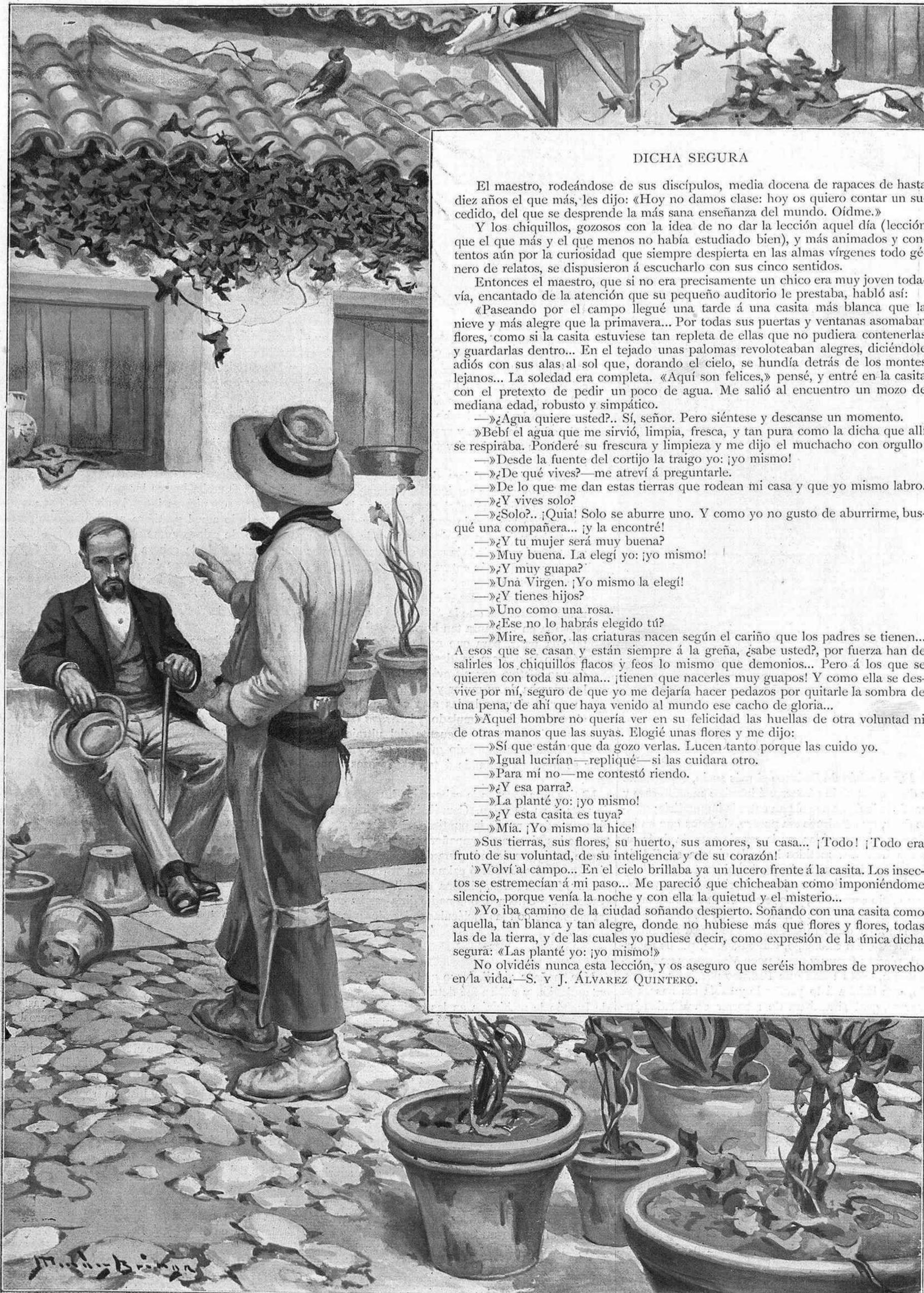
Meditabundo, se marchó Pedruco á su trabajo, y todo el día, armado del escobón y del cubo, en las profundidades de la cloaca infecta, barriendo el légame se le figuraba barrer los malos pensamientos de la *Selma*, sus pícaras intenciones, sus hechos indecentes, todo aquel pestífero amalgama que percibía su olfato de celoso y que al señor cura le obligaba á levantar al cielo la cabeza y los ojos. No ya el corte nasal, pueril venganza é inútil, sino un chapuzón en plena corriente del río había que dar á la *Selma*, porque sin duda al confesar habíase limitado á una enjabonadura de rosarios y á dos padrenuestros de enjuague.

Volvió Pedruco á su casa, por la tarde, y en la fuente cercana en que acostumbraba á asearse vió al señor cura sentado, tan tranquilo. Ni lamparones en la sotana, ni mácula alguna en toda su persona muy lustradita y adecentada, como de quien no tiene el oficio de bajar diariamente al pozo negro de la conciencia. Olor tampoco ninguno, como no fuera el delicadísimo de santidad, un tufillo celestial que le envolvía todo y que aun á narices tan torpes como las de Pedruco hacía cosquillas, pareciendo desprenderse de sus rizos de seda blanca asomados bajo el solideo, ó de sus manos pálidas consagradas para bendecir, ó de su figura entera, de anciano que se sienta á meditar sobre las miserias del mundo, en medio de la serenidad del campo adormecido. No, ni mancha alguna, ni vaho sospechoso advertía Pedruco. ¿Se habría lavado también el señor cura, ó mudado de ropa, ó rociado con esencias costosas? ¿O no sería culpable la *Selma* y tenía la conciencia más limpia que una patena?

Pedruco metió las manazas en la fuente y el agua se enturbió, desparramando por el aire perfumes nada agradables. El señor cura se llevó el pañolón de hierbas á la cara, mientras contestaba plácidamente á su saludo brusco... «¡Apártate, que apesta!» quería decir el ademán del hombre de Dios; pero Pedruco no se apartó y continuó soltando en la fuente toda la podre que traía. ¿Acaso el buen señor no habría hecho lo mismo al salir del confesonario, llevando pegadas en los oídos las picardías de la *Selma*, sus mentiras, sus falsedades, la historia repugnante de sus conyugales desvíos y del horrendo pecado de adulterio, del que se había aliviado la otra como de fardo insoportable? Bien que olería entonces el señor cura, bien que apestaría como él, el pocero infeliz, esclavo del trabajo.

Y se alejó, irritado, desdeñoso, chasqueando las destalonadas alpargatas, convencido de la infidelidad de la *Selma* y dispuesto firmemente, decididamente, á ahogarla en el río y á Juanón con ella; porque él no gastaba la manga ancha del señor cura, aunque allá se fueran (irreverencia aparte) su ingrato oficio y el del que á diario escarba en el pozo negro de la conciencia.

CARLOS MARÍA OCANTOS.



## DICHA SEGURA

El maestro, rodeándose de sus discípulos, media docena de rapaces de hasta diez años el que más, les dijo: «Hoy no damos clase: hoy os quiero contar un sucedido, del que se desprende la más sana enseñanza del mundo. Oídmelo.»

Y los chiquillos, gozosos con la idea de no dar la lección aquel día (lección que el que más y el que menos no había estudiado bien), y más animados y contentos aún por la curiosidad que siempre despierta en las almas vírgenes todo género de relatos, se dispusieron á escucharlo con sus cinco sentidos.

Entonces el maestro, que si no era precisamente un chico era muy joven todavía, encantado de la atención que su pequeño auditorio le prestaba, habló así:

«Paseando por el campo llegué una tarde á una casita más blanca que la nieve y más alegre que la primavera... Por todas sus puertas y ventanas asomaban flores, como si la casita estuviese tan repleta de ellas que no pudiera contenerlas y guardarlas dentro... En el tejado unas palomas revoloteaban alegres, diciéndole adiós con sus alas al sol que, dorando el cielo, se hundía detrás de los montes lejanos... La soledad era completa. «Aquí son felices,» pensé, y entré en la casita con el pretexto de pedir un poco de agua. Me salió al encuentro un mozo de mediana edad, robusto y simpático.

—¿Agua quiere usted?... Sí, señor. Pero siéntese y descanse un momento.

—Bebí el agua que me sirvió, limpia, fresca, y tan pura como la dicha que allí se respiraba. Ponderé su frescura y limpieza y me dijo el muchacho con orgullo:

—Desde la fuente del cortijo la traigo yo: ¡yo mismo!

—¿De qué vives?—me atreví á preguntarle.

—De lo que me dan estas tierras que rodean mi casa y que yo mismo labro.

—¿Y vives solo?

—¿Solo?... ¡Quia! Solo se aburre uno. Y como yo no gusto de aburrirme, busqué una compañera... ¡y la encontré!

—¿Y tu mujer será muy buena?

—Muy buena. La elegí yo: ¡yo mismo!

—¿Y muy guapa?

—Una Virgen. ¡Yo mismo la elegí!

—¿Y tienes hijos?

—Uno como una rosa.

—¿Ese no lo habrás elegido tú?

—Mire, señor, las criaturas nacen según el cariño que los padres se tienen...

A esos que se casan y están siempre á la greña, ¿sabe usted?, por fuerza han de salirles los chiquillos flacos y feos lo mismo que demonios... Pero á los que se quieren con toda su alma... ¡tienen que nacerles muy guapos! Y como ella se desvive por mí, seguro de que yo me dejaría hacer pedazos por quitarle la sombra de una pena; de ahí que haya venido al mundo ese cacho de gloria...

—Aquel hombre no quería ver en su felicidad las huellas de otra voluntad ni de otras manos que las suyas. Elogié unas flores y me dijo:

—Sí que están que da gozo verlas. Lucen tanto porque las cuido yo.

—Igual lucirían—repliqué—si las cuidara otro.

—Para mí no—me contestó riendo.

—¿Y esa parra?

—La planté yo: ¡yo mismo!

—¿Y esta casita es tuya?

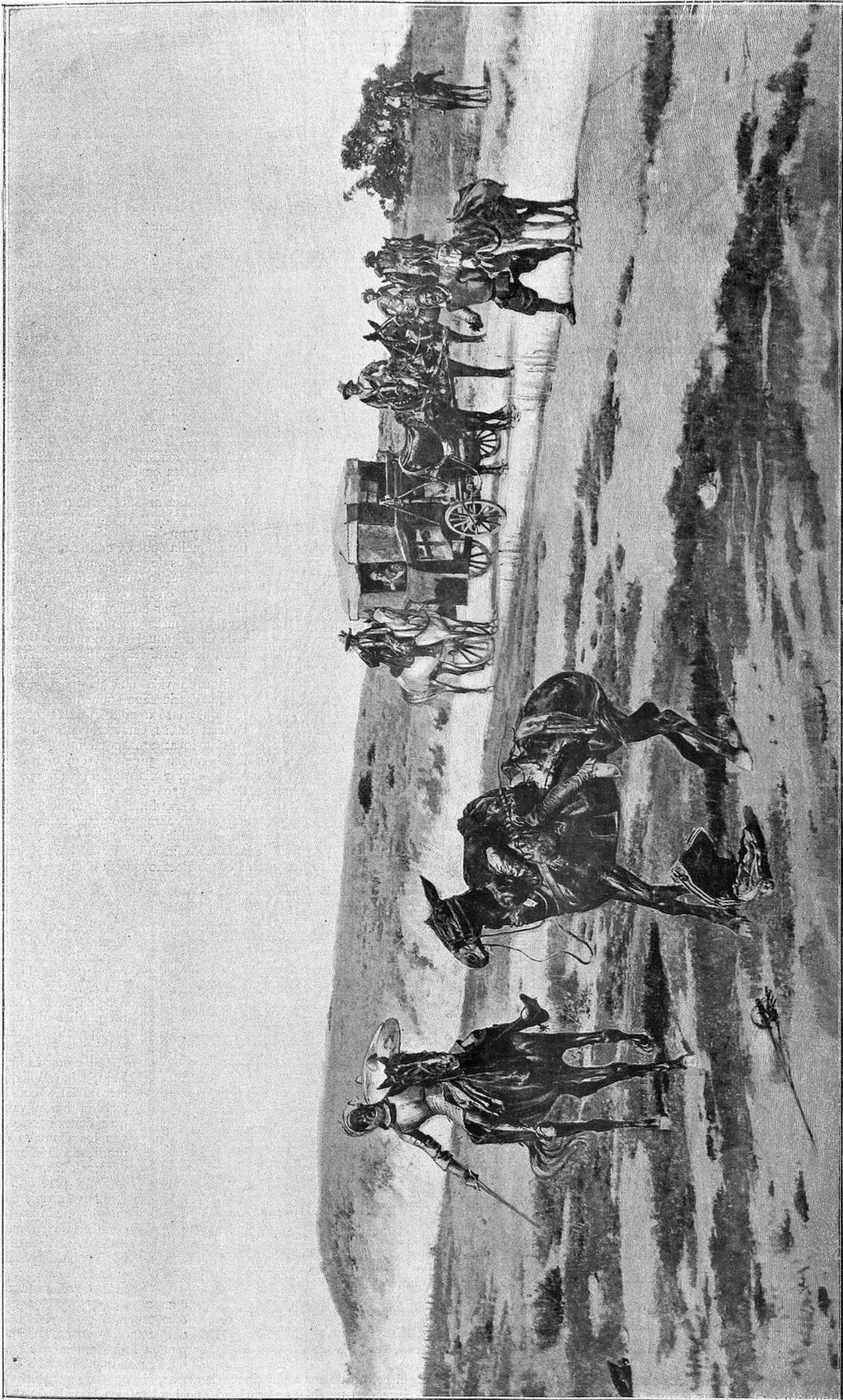
—Mía. ¡Yo mismo la hice!

—Sus tierras, sus flores, su huerto, sus amores, su casa... ¡Todo! ¡Todo era fruto de su voluntad, de su inteligencia y de su corazón!

—Volví al campo... En el cielo brillaba ya un lucero frente á la casita. Los insectos se estremecían á mi paso... Me pareció que chicheaban como imponiéndome silencio, porque venía la noche y con ella la quietud y el misterio...

—Yo iba camino de la ciudad soñando despierto. Soñando con una casita como aquella, tan blanca y tan alegre, donde no hubiese más que flores y flores, todas las de la tierra, y de las cuales yo pudiese decir, como expresión de la única dicha segura: «Las planté yo: ¡yo mismo!»

No olvidéis nunca esta lección, y os aseguro que seréis hombres de provecho en la vida.—S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.



UNA ESCENA DEL QUIJOTE, CUADRO DE JOSÉ MORENO CARBONERO

.... con tal furia descargó sobre el Vizcaíno aceriándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello, .... (Capítulo IX, parte primera.)

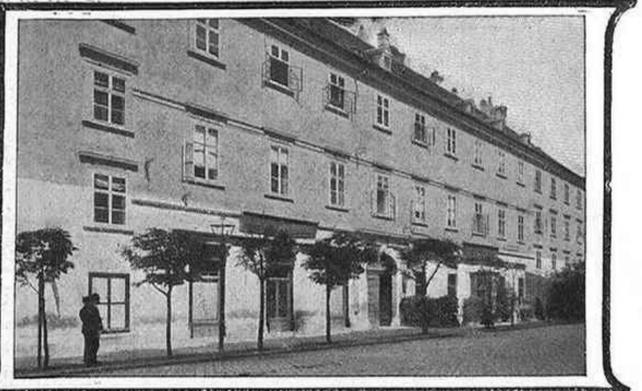


La casa de Heiligenstadt en donde pasaba Beethoven los veranos

## LOS GRANDES MAESTROS DE LA MÚSICA

### BEETHOVEN

(1770-1827)



La casa de Viena en donde murió Beethoven en 26 de marzo de 1827

En la primavera de 1787, un joven de 17 años, organista de la capilla del arzobispo de Colonia, que se hallaba de paso en Viena, solicitó ser presentado á Mozart. El autor de *Don Giovanni* no era muy amante de los prodigios precoces y desconfiaba de los niños adelantados; mas á pesar de esto, escuchó al joven organista, quien le suplicó que le indicara un tema, sobre el cual bordó algunas variaciones. Cuando hubo terminado, Mozart volviéndose hacia sus invitados, les dijo:

—Señores, fíjense ustedes bien en ese muchacho, que no tardará en llenar el mundo con su fama.

Aquel muchacho era Beethoven.

Cuando á fines de 1792 volvió éste á Viena para establecerse allí definitivamente, ya no encontró á su profeta: Mozart había muerto un año antes dejando el campo libre al que iba á recoger el cetro musical que de sus manos cayera.

Así como la juventud de Mozart fué alegre, rodeada de cariño, casi fácil, radiante y amable, la de Beethoven fué triste, penosa, solitaria y escondida.

Beethoven nació en Bonn en 16 de diciembre de 1770. En aquella ciudad, sede del arzobispado de Colonia, tenía el príncipe-obispo su corte, y como su padre, su hermano y su tío, emperadores de Alemania, preciábase de protector de las artes. Su capilla estaba muy bien montada y era maestro de la misma el abuelo de Beethoven; el padre de éste figuraba entre los instrumentistas.

Juan van Beethoven, el padre del ilustre Luis, era un pobre diablo, y á pesar de la elevada situación de su padre, jamás se elevó en la jerarquía musical de la corte, y había para ello una explicación: se había dado á la bebida. Beethoven, pues, fué educado por un alcohólico que le encerraba días enteros con un violín y un clavicordio; y á menudo, al regresar por la noche de la taberna borracho, el profesor despertaba al pobre niño para darle lección.

Los Beethoven eran flamencos, oriundos de Amberes. El anciano Luis habíase establecido en Bonn, en donde se casó; y lo poco que de él se sabe induce á creer que su nieto se le parecía mucho. Este tenía, por su sangre flamenca, un carácter reflexivo, serio, algo melancólico, que una educación ruda y violenta no hizo más que desarrollar. El alcohólico, en cuanto Luis pudo manejar un arco y tocar el clavicordio, le hizo entrar en el servicio del obispo, y así pasó Beethoven su juventud rascando el violín y tocando el órgano por un mezquino estipendio. Algunos maestros, amigos de su abuelo, comenzaron su educación de cualquier manera, y cuando tuvo 18 años encontróse al frente de su familia, pues su padre, completamente intoxicado, hubo de abandonar sus funciones.

Sentía, sin embargo, algo que le atormentaba; tenía impaciencia por dedicarse á la composición y al mismo tiempo había de atender á ganarse el sustento de él y de los suyos. Al fin, muerto su padre y desaparecida, desde hacía muchos años su madre, pudo su afición más que todo; y provisto de algunos florines que le diera el obispo y su amigo el conde de Waldstein, partió para Viena, en donde iba á entrar en la escuela del viejo Haydn.

\* \*

La capital de Alemania ofrecía á los músicos abundantísimos recursos, pues no sólo el emperador tenía su capilla y sus teatros, sino que además todos los grandes señores contaban en sus palacios con instrumentistas, disponiendo, según su fortuna, de un cuarteto ó de una orquesta completa. Y aun los había que

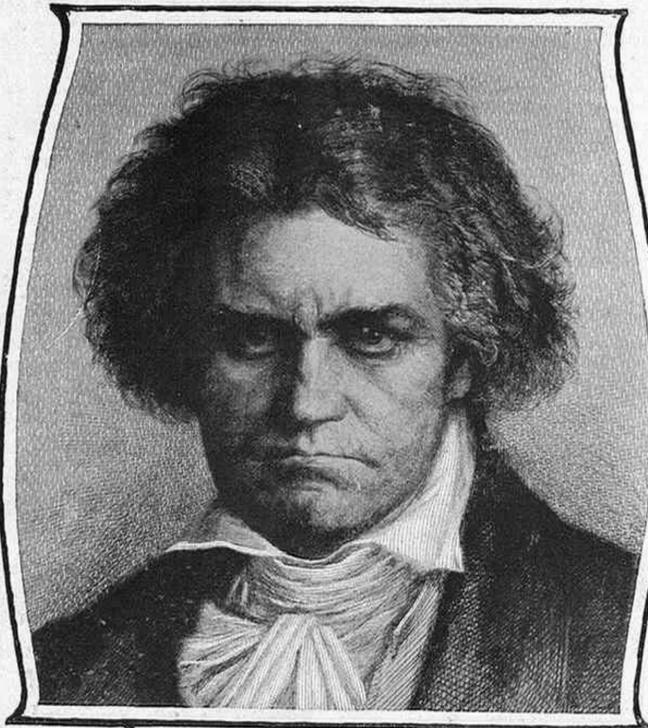
se habían hecho construir teatros particulares, en donde se ejecutaban las obras de sus compositores predilectos.

Beethoven confiaba en hacer rápidos progresos en un medio semejante, pero olvidaba que el genio tarda más en imponerse que el simple talento.

¿Fueron provechosas á Beethoven las lecciones de Haydn? Este lo ha negado rotundamente, aparte de que duraron muy poco, porque el maestro fué llamado á Inglaterra. Schenk y Salieri fueron quienes enseñaron á Beethoven la ciencia musical, el primero la armonía y el segundo lo referente al teatro y á la voz.

Poco tiempo después de haber partido Haydn, Beethoven se instalaba en casa del príncipe Lichnowsky, haciéndose ya notar allí por su carácter brusco y sombrío. Su protector, sin embargo, no le guardaba rencor por ello, y poco á poco, gracias á él, introduciábase el protegido en los palacios de Viena, en donde ejecutaba sus primeras composiciones, las cuales obtuvieron bastante éxito para que en 16 de mayo de 1795 publicara su primera obra, compuesta de tres tríos para piano, violín y viola, y cuya venta le produjo 1.945 francos y 60 céntimos, cantidad muy respetable para aquella época y con la que ya se contentarían muchos de los debutantes de nuestros días.

«Es preciso que este mismo año—escribía Beethoven en 1.º de enero de 1795—se revele el hombre por entero;» y si bien todavía no se reveló entonces el autor de la *Novena Sinfonía*, desde aquel día comenzó á subir el calvario de su difícil y gloriosa carrera. Rodeado de amigos, de protectores y de sus hermanos, Beethoven veía que iba poco á poco triunfando. Y triunfaba sobre todo entre las mujeres, que si se apartaban de él por las extravagancias de su carácter y por su grosería, se volvían locas con su talento. Todas las casas le abrían sus puertas y era el más solicitado compositor y pianista. Por último, Kreuzer le llevó en 1798 á la embajada de Francia, en donde Bernadotte le escuchó asombrado, y hay quien afirma que aquel futuro rey depositó en el espíritu de Beethoven los primeros gérmenes de la *Heroica* para glorificar al héroe republicano, á Bonaparte. Porque Beethoven era liberal y republicano.

RETRATO DE BEETHOVEN  
pintado por Luis Michalek

menes de la *Heroica* para glorificar al héroe republicano, á Bonaparte. Porque Beethoven era liberal y republicano.

\* \*

El 2 de abril de 1800, Beethoven dió en el teatro imperial á beneficio suyo un concierto, en el que figuraba la *Primera Sinfonía*, que fué acogida favorablemente por un público ilustrado y dió muy pronto la vuelta á Alemania.

El editor Hofmeister, de Leipzig, la publicó con el número XXI y con la dedicatoria al barón van Swieten, que continuaba en Beethoven los favores que había prodigado á Mozart en sus últimos años.

Todo parecía sonreír á Beethoven, quien, más afortunado que Mozart, tenía asegurada la vida material, no sólo por una pensión de 600 florines que le pasaba el príncipe Lichnowsky, sino además por el producto de sus composiciones, que los editores se disputaban. Pero ¡ay! Beethoven era desgraciado, y no porque su humor le pintara la existencia con negros colores, puesto que se reconocía á sí mismo en el colmo de sus aspiraciones de artista, sino porque acababa de atacarle una enfermedad terrible, enfermedad que hará trágica la vida de este músico: Beethoven se volvía sordo.

En vano había acudido á todas las celebridades médicas, quirúrgicas y hasta



BEETHOVEN EN VIENA

El salón de Spann que el maestro frecuentaba. Schubert está sentado al piano; Beethoven de pie; detrás de Schubert el célebre poeta vienés Grillparzer

composiciones, que los editores se disputaban. Pero ¡ay! Beethoven era desgraciado, y no porque su humor le pintara la existencia con negros colores, puesto que se reconocía á sí mismo

en el colmo de sus aspiraciones de artista, sino porque acababa de atacarle una enfermedad terrible, enfermedad que hará trágica la vida de este músico: Beethoven se volvía sordo.

En vano había acudido á todas las celebridades médicas, quirúrgicas y hasta

empíricas; la sordera aumentaba de día en día y Beethoven veía aproximarse el momento en que la sociedad, enterada de su desgracia, se apartaría de él y negaría el arte de expresarse por los sonidos al que ya no podía oír.

Mas no fué así: Beethoven llegó al término de su carrera, pero ésta fué desde entonces empuñada para él, y en lo sucesivo vamos á asistir á las más desgarradoras tempestades que pueden agitar el alma de un músico ó simplemente de un hombre. El espíritu taciturno de Beethoven agrióse aún más, y aquella existencia que hubiera podido ser de alegría no fué sino una vida de amargura.

De aquella época data lo que se ha llamado el *Testamento de Heiligenstadt*, escrito durante una estancia de Beethoven en aquella aldehuela de los alrededores de Viena y que es la elegía más trágica que leerse pueda. Este documento termina así: «La última esperanza que aquí traje ha volado con las marchitas hojas del otoño... ¡Oh Providencia, haz que luzca sobre mi cabeza un último día de felicidad! ¡Hace tanto tiempo que no participo de ninguna alegría verdadera! ¡Cuándo, oh Dios mío, cuándo podré sentirme dichoso en medio de la naturaleza y de la sociedad de los hombres!...»

Beethoven nunca más volvió á ser dichoso: se alejó de la sociedad para no entristecerse cada hora de su vida con la comprobación de su impotencia para oír, y durante más de veinticinco años sufrió un martirio espantoso.



BEETHOVEN EN CASA DE MOZART

Beethoven á los 17 años desarrollando en el piano un tema indicado por Mozart, quien entonces le predijo su fama universal

el sabio F. A. Gevaert, director del Conservatorio de Bruselas, quien escribió algunos recitados para reemplazar el diálogo hablado.

Momentáneamente desalentado por el fracaso de 1806, no tardó Beethoven en recobrar, y habiéndose animado con la composición de la *Appassionata* y de algunos cuartetos, compuso la *Sinfonía en si bemol*, la cuarta, y en seguida la inmortal *Sinfonía en do menor*, de la cual se ha dicho con razón que era aquella en la que había puesto más de sí mismo, de su alma grandiosa y dolorida. Algunos días después se marchaba á Heiligenstadt, en donde escribió la *Pastoral* ó *Sexta sinfonía*, que todo el mundo conoce y que es universalmente admirada por su frescura y por su gracia.

En el entretanto, las victorias de Napoleón seguían diezmando los pueblos y los tronos.

Una mañana Beethoven recibió del rey Jerónimo proposiciones para ser su maestro de capilla, y ya se disponía á aceptarlas, cuando sus amigos de Cassel se alarmaron al saberlo, y tres de ellos, que fueron el archiduque Rodolfo, el príncipe Lobkowitz y el príncipe Kinsky, se comprometieron á pasarle una pensión de 4.000 florines anuales. Beethoven se quedó en Viena hasta su muerte.

En 1818 comenzaba Beethoven los primeros esbozos de la *Misa en re* y llevaba ya en su mente las primeras ideas de la *Sinfonía con coros*.

Aquel periodo culminante de su carrera había ido precedido, desde 1815 á 1818, de un período de descanso: Beethoven, afligido por la muerte de algunos individuos de su familia, entre ellos su hermano Carlos, hizo una vida retirada, correspondiendo á aquellos años cierto menosprecio que manifestaba hacia sus obras anteriores, inclusa la *Sinfonía en do menor*. Sería, sin embargo, injusto pasar en silencio el pequeño poema *La amada ausente*, colección de melodías reunidas por una misma idea, si bien conservando cada una de ellas su personalidad. El fué el inventor de este género que cultivaron Schumann, Schubert y Massenet.

Al llegar á la *Misa en re* y á la *Novena Sinfonía*, creo conveniente poner término á estas páginas narrativas. La misa fué compuesta para el archiduque Rodolfo que acababa de ser nombrado obispo de Olmutz, y Beethoven se consagró tanto más gustoso á este trabajo cuanto que ya estaba cansado de componer obras de poca importancia que los editores se disputaban.

La *Sinfonía con coros* fué ejecutada en 1823 y valió á su autor un triunfo sin igual.

Pero—se dirá—¿dónde está esa existencia desgraciada de un gran hombre de que hemos hablado al principio de esta biografía? A lo que contestaremos que aquella existencia desgraciada de Beethoven estuvo en su corazón y fué causada por el suplicio más trágico que pueda sufrir un músico, por la sordera. En realidad, Beethoven vivía apenado desde 1801; su oído se extinguía poco á poco, y aquella enfermedad se complicaba con grandes é incansables dolores en las entrañas. Su humor volvióse cada vez más agrio y melancólico, y cuando para disimular por el mayor tiempo posible su dolencia se apartó del trato social, aumentó su misantropía al ver que su dolencia aumentaba. Se comprende que así fuera, sabiendo que Beethoven no hablaba ya con sus amigos y que éstos escribían lo que habían de decirle en unos cuadernos que llevaba él en sus bolsillos. Estos preciosos cuadernos se han conservado y publicado, y en ellos ha encontrado la posteridad datos inapreciables. Y cuando Beethoven dirigía sus obras no percibía una sola nota ni oía los aplausos: el día de la primera audición de la *Novena Sinfonía* fué preciso cogerle por los hombros y hacer que se volviera hacia la sala, que le aclamaba delirante.

El 26 de marzo de 1827, después de tres meses de enfermedad, murió en brazos de sus amigos. Viena le hizo un solemne entierro: los cantantes de la Ópera llevaron en hombros su féretro; las músicas tocaban el *Miserere*; los maestros de capilla sostenían las gasas que pendían del ataúd, y los artistas y poetas, con hachas encendidas y formados en dos filas, daban escolta al cadáver. En el cementerio, Grillparzer pronunció una oración fúnebre y Schubert lloró sobre su tumba.

¡Pobre Beethoven! Fué sin duda un mártir glorioso; pero ¡quién no sentirá oprimido el corazón al recordar el sepelio de Mozart en medio de una tempestad desencadenada y arrojado á la fosa común, sin que un solo amigo acompañara sus restos mortales!



RETRATO DE BEETHOVEN

pintado por Uetz

De Heiligenstadt trajo Beethoven la *Sinfonía en re*, que fué ejecutada el 5 de abril de 1803. Dos años después, el maestro, cuyas obras seguían siendo aclamadas y difundidas, dió á conocer la *Sinfonía Heroica á la memoria de un héroe*.

Ya hemos dicho que la primera idea de esta obra le había sido inspirada por Bernadotte en 1798; Beethoven la había terminado á principios de 1804 y la había titulado *Buonaparte*, porque realmente al escribirla había pensado en el primer cónsul, queriendo hacer de ella el himno de la libertad, cuyo instaurador en el mundo debía ser, en su concepto, Bonaparte.

Pero en el transcurso del año 1804 comenzó á perder la fe en su héroe y escribió á una persona que le había pedido una sonata política:

«Habríame explicado este capricho en la época en que la fiebre revolucionaria lo agostaba todo; pero hoy, cuando el mundo vuelve á la antigua doctrina y Bonaparte firma un concordato con el papa, semejante obra está fuera de lugar.» Y algún tiempo después, al saber la proclamación del Imperio, rompió en presencia de Ries la primera página de su sinfonía exclamando:

—«Ese Bonaparte no es más que un alma vulgar que pisotea todos los derechos de la humanidad y sólo escucha la voz de su ambición.»

En 1816 decía:

—Mirad: ¿no había yo previsto la catástrofe cuando escribí la marcha fúnebre de la Heroica?

De aquel mismo año data *Fidelio*. Beethoven, que en Viena había oído la ópera francesa de Paer *Leonor ó el amor conyugal*, enamoróse del asunto, y aun se dice que habiendo asistido á aquella representación al lado de Paer, quien comenzaba á sentirse halagado por la admiración que Beethoven manifestaba, éste exclamó: «¡Ah, amigo mío, es preciso que ponga yo en música vuestra ópera!»

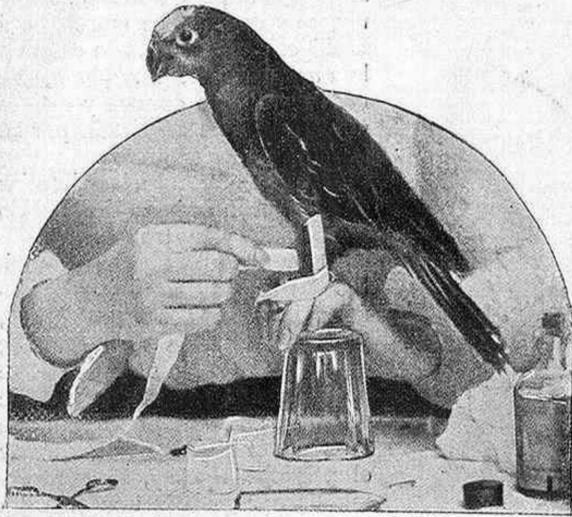
*Fidelio* se representó en las condiciones más deplorables, no sólo de interpretación, sino también de circunstancias. Era en noviembre de 1805; hacía algunos días que un cuerpo de quince mil franceses habían entrado en Viena, de donde había huído la corte, y la primera representación se dió delante de franceses, quienes, como se comprenderá, no entendieron gran cosa. *Fidelio* se representó tres veces. Al año siguiente volvió á cantarse, y aunque modificada, aligerada y aumentada con una nueva obertura, no obtuvo mejor éxito (1).

*Fidelio* se reprodujo en 1813, y aquella vez con el éxito más extraordinario, y hoy figura en el repertorio de todos los mejores teatros, si bien arreglado por

(1) Sabido es que la obertura número 1 no se utilizó hasta algún tiempo después. La obertura número 2 se ejecutó en 1805 y la número 3 en 1806. La número 4 data de 1814.

## Un hospital para pájaros en Londres

Conocidos son desde hace tiempo el cariño que á los animales profesan las mujeres y sobre todo la delicada afición que sienten hacia el pequeño pueblo alado; no es, pues, de extrañar que haya sido una mujer la primera en concebir la idea de un sanatorio para pájaros enfermos, en donde encuentren éstos los



Operación de vendar una pata enferma.

necesarios cuidados en sus enfermedades y los tratamientos apropiados á sus dolencias. El primer hospital para pájaros fundóse hace poco en Nueva York, y fué tal el entusiasmo que despertó el pensamiento de aquella abnegada ornitófila, que inmediatamente se establecieron en París y en Londres institutos análogos que comenzaron á funcionar inmediatamente con el más brillante éxito. El hospital inglés tiene aneja una casa de pupilaje, en donde se hospedan los pájaros durante las ausencias de sus amos, se domestican los reacios y se somete á los ignorantes á una enseñanza superior por medio del ejemplo de animales dotados de especiales condiciones. El número de acogidos en los sanatorios oscila entre 500 y 700 y en la casa de pupilaje se han albergado este último verano 4.000 pájaros, lo cual constituye la mejor prueba de la utilidad de tales establecimientos.



Un pájaro reumático

La dirección de los hospitales pajariles corre generalmente á cargo de médicas de pájaros científicamente ilustradas, que con paciencia y cariño inagotables se consagran á sus enfermos y demuestran excelentes aptitudes para tratar con esos animalitos tan fácilmente irritables; porque es de saber que entre los pájaros enfermos, como entre los hombres, los hay nerviosos y difícilmente accesibles, mansos y rebeldes, cuyos caracteres es preciso estudiar con mucha atención.

Para los profanos, que apenas tienen idea de los peligros que amenazan la existencia de los alados cantores, ofrece gran interés una visita á alguno de esos hospitales. Las jaulas y pajareras que en estos establecimientos hacen las veces de enfermerías, están construídas de un modo eminentemente práctico, y su disposición, hasta en los menores detalles, se ajusta perfectamente á las necesidades de sus pasajeros

huéspedes. Casi cada jaula lleva un aparato automático por medio del cual se introduce, conforme á prescripción facultativa y según lo que se necesite, aire caliente ó frío, y en su exterior ostentan un cartelito en el que constan el nombre, la especie y la enfermedad del pájaro, el nombre de su propietario, la cura prescrita y los cuidados que deben prodigarse al paciente. Para los no iniciados no puede darse mejor medio de orientación acerca de las muchas enfermedades á que están sujetos los pájaros, que el estudio de esos cartelitos: entre esas dolencias encontramos el asma, el reumatismo, la neuralgia, la dispepsia, la pulmonía, la tisis, las afecciones del corazón, la fiebre gástrica y tifoidea, la bronquitis, las inflamaciones de todas clases y hasta los ataques epilépticos. Entre las dolencias que requieren la intervención quirúrgica vemos principalmente las fracturas, las dilataciones y las magulladuras, que las más de las veces se curan por completo, sin dejar malas consecuencias. Las fracturas de piernas y de alas se tratan por medio de férulas y apoyos hechos con palitos de madera ó cañones de pluma; pero en los casos graves hay que recurrir á las punciones con un finísimo alambre de plata ó substituir el miembro lesionado con otro artificial. Para las dilataciones y desgarros de las alas hay vendajes especiales colgantes, en los cuales descansa cómoda y seguramente el cuerpo del paciente, mientras los pies salen por unas rendijas y pueden moverse con entera libertad. En las magulladuras, la prescripción facultativa ordena el tratamiento de las compresas frías y de las envolturas, al que los enfermos se someten por lo general pacientemente.

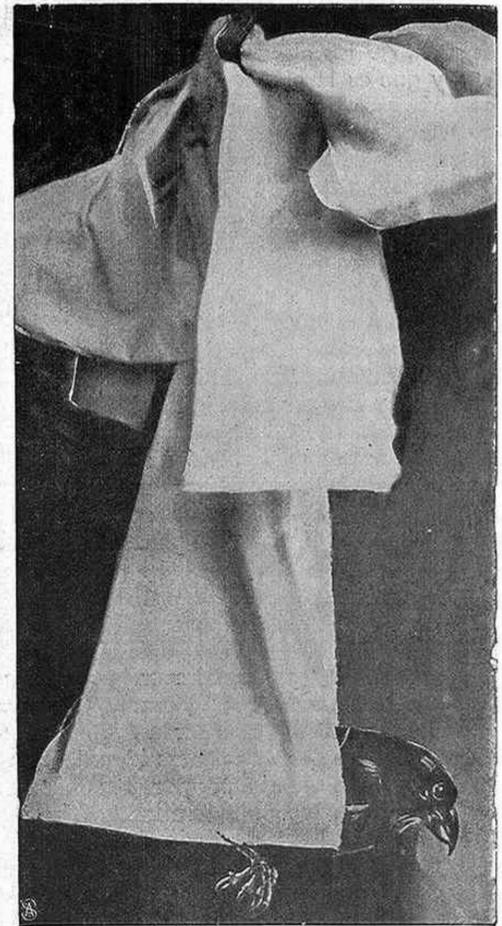
En el hospital se emplea el cloroformo lo menos posible, y sólo se recurre á él cuando la operación es muy grave ó cuando el paciente está muy inquieto. Las operaciones se ejecutan de la manera usual y con todas las precauciones necesarias, lavándose al paciente con una solución desinfectante y esterilizando cuidadosamente los instrumentos, agujas, etc. Durante la operación el pájaro ha de ser sujetado por una segunda persona, y si se trata de animales grandes ó extraordinariamente excitados se les ata á la mesa operatoria. El local en donde las operaciones se ejecutan es alegre, suprimiéndose en él todo lo que podría entristecer á las avecillas; de las paredes cuelgan pájaros disecados, escogiéndose para esto con preferencia los de un plumaje de tonos vivos, y las tijeras, pinzas, etc., son pequeñas y delicadas; en una palabra, todo está calculado para producir una impresión agradable.

Los medicamentos de que se sirven las médicas de los pájaros se diferencian poco de los que emplean los médicos de los hombres, pero las dosis son, naturalmente, más pequeñas: los polvos, las píldoras, las go-

tas y las fricciones son los más usuales; los baños de vapor y el masaje se usan con frecuencia y con mucho éxito. La administración de los medicamentos no es siempre cosa sencilla, y sólo se logra á veces á fuerza de toda clase de astucias: así los polvos y las píldoras se propinan por lo general metidos en pasas ó en uvas y las gotas se echan en un terroncito ó se introducen directamente con un cuentagotas en la garganta del animal. Hay, sin embargo, entre los pájaros individuos rebeldes que sólo ceden ante «la fuerza bruta» y que proporcionan muy malos ratos á los que les cuidan.

El hospital de los pájaros alberga pacientes de las más diversas clases y de los más variados tamaños, desde los humildes pájaros silvestres hasta los más preciosos ejemplares exóticos encerrados en doradas jaulas. Los más numerosos son los canarios y los pagayos, esos dos amigos amados del hombre moderno, cuyo hogar alegran; pero también proporcionan un gran contingente de enfermos las aves de corral, las cuales, sobre todo si son de razas raras, exigen cuidados muy especiales.

Las cuentas de asistencia se elevan, según los ca-

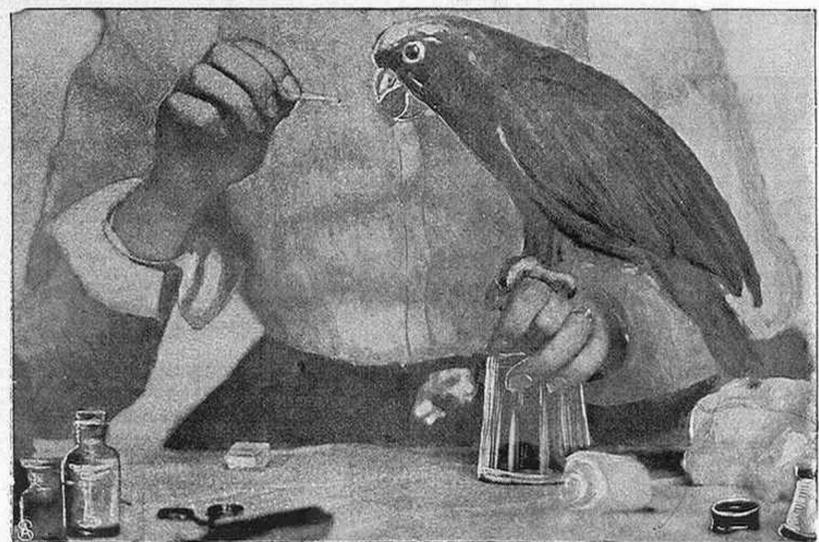


Vendaje colgante

los, á respetables sumas que pagan con gusto los propietarios de los pájaros si logran la dicha de ver salir del sanatorio á sus favoritos curados y rejuvenecidos.

Para los pobres hay un número determinado de plazas gratuitas, para que hasta los desheredados del mundo pajaril puedan gozar de los beneficios del hospital.

La creación de pupilajes y casas de curación para pájaros ha venido á satisfacer una necesidad muy generalmente sentida; además ofrece á las mujeres un



Propinación de una píldora á un loro enfermo

nuevo y reproductivo campo de actividad. Por esto es de desear que esta institución tan práctica y tan propia de nuestros tiempos halle eco en todas partes y encuentre en todos los países entusiastas y enérgicas defensoras.—A. RÜTGER.

# LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

## PRIMERA PARTE

### I

#### LA AUSENTE

—Es verdad, Juan; nunca he sido muy dichosa. Y aquella mujer dijo esto con la cara levantada hacia las estrellas y sonriendo, como para hacer constar la mayor felicidad.

Su compañero le cogió una mano, que se destacaba luminosa, como una joya, sobre su traje oscuro, y se la llevó á los labios con un ademán y un beso de adoración, así como con un respetuoso, tierno y doloroso fervor por los cuidados y las penas que la joven había padecido en los tiempos en que no se conocían y estaba sola, sola en la existencia y en su corazón. Después, dijo dulcemente:

—Temo que tengas frío, querida mía. Vámonos á casa... ¿Quieres?..

—¡Oh! No, no tengo frío; sabes que soy fuerte. Pero esta humedad no es buena para ti, Juan. Vámonos.

Y la joven se levantó, fina y misteriosa, á la luz de la luna y bajo las ramas, todavía tiernas, que sacudían su ropaje de hojas nuevas.

El silencio reinó entre los dos mientras se dirigían hacia la casa, que abría en la obscuridad, como si fueran grandes ojos, dos ventanas de planta baja enrojecidas por el doble fuego del hogar y de la lámpara.

Aquellas cortas frases habían despertado en los dos el mismo pensamiento; había surgido *la ausente*, aquella á quien, como hoy á Valentina, Juan Donald había amado en otro tiempo y dádole su nombre; la pequeña criatura delicada á quien Juan había cuidado durante años y que había muerto tísica, dejándole un hijo, Remigio.

¡Cuántas veces Juan había dicho á aquella mujer, con angustia y con dulzura! «Temo que tengas frío.»

En sus cuidados é inquietudes había habido siempre una horrible evidencia, por una justa apreciación del mal; pues Juan, que era médico, se había dedicado especialmente al estudio de las enfermedades del pecho, y su ciencia prohibía á su amor la fe ciega en un «acaso» y en un «puede ser.»

Donald observaba demasiado pronto los síntomas indudables y conocía muy bien la naturaleza moral y el temperamento sin recursos vitales de su querida Elena, de aquella mujercita muñeca, de aquel adorable y frágil juguete que sonreía con la misma gracia á todo lo del mundo, hasta á los padecimientos, y que respondía á todo con aquella voz débil y velada que por sí sola denunciaba la terrible enfermedad: «No puedo... Me faltan las fuerzas...»

Tantos tormentos, aquella lucha inútil y aquel duelo profundo habían gastado cruelmente al doctor Donald; y si el contagio le había respetado, su salud, sin embargo, se había resentido seriamente.

Juan padecía frecuentes fiebres y profundas neuralgias.

Por eso, la que hoy le amaba, aquella Valentina

que decía con orgullo: «¡Oh! Yo soy fuerte,» le rodeaba de una inquieta y celosa vigilancia, y hasta en aquellas miserias que le había dejado *la ausente*, quería substraerle á la dolorosa memoria de los últimos años.

¡Era tan reciente la dicha de poseerle ella sola, de cuidarle y de protegerle! ¡Apenas quince días de matrimonio!

ciones particulares, Valentina estudiaba sola. Pronto secundó á su padre en las lecciones y llegó á darlas ella misma en beneficio de la casa, cuyas cargas pesaron exclusivamente sobre ella en cuanto tuvo diez y siete años y estuvo avanzada en sus estudios.

Entre sus relaciones, muy limitadas y que Marelle cultivaba poco por misantropía y por frialdad natural,

hubo en aquel momento de la vida de Valentina algunas señoras de edad que la compadecieron y que dijeron de ella, después de haberla visto en su casa ó en alguna visita: «¡Pobre muchacha!.. ¡Qué existencia!.. ¡Y es bonita!..»

Valentina, efectivamente, era linda, pero no lo sabía.

Cuando se miraba al espejo veía una cara larga y mate, con espeso cabello muy oscuro, peinado en medias-cocas sobre una frente grave. Sus ojos grises, casi siempre entornados cuando reposaban, como si se hubieran fijado demasiado en los libros, le parecían demasiado claros; y su boca, grande y carnosa, le parecía demasiado roja. Sus labios no estaban en armonía, según ella, con la palidez extremada de su tez. Y á la joven Valentina le gustaba ante todo la armonía.

Le agradaba en las cosas y en los seres. Admiraba la belleza que resulta de muchas bellezas fundidas en líneas y en matices dulces, y por eso Valentina, con su maravilloso cutis de ámbar claro, sus ojos de aguas cambiantes y sus labios sensuales, no se encontra-

ba bonita. Además, aun cuando hubiera tenido conciencia de sus reales encantos, se hubiera esforzado por no pensar en ellos, pues siendo pobre y el único sostén de su padre, triste y enfermo, no se creía nacida para el amor ni para la dicha. Pero á pesar de todo, estaba alegre. Estaba alegre con el valor y la cordura de una edad muy diferente de la suya, pues tenía veinte años. Y aquella alegría parecía importunar á su padre, que fruncía el ceño y decía:

—¿Pero qué diablos tienes para cantar así? ¿Qué es lo que te hace reír tanto?

Valentina respondía entonces y decía la verdad:

—Nada, papá, nada...

Y se callaba poco á poco, y se volvía cada vez más razonable.

Sin embargo, había en ella una Valentina que le hacía á veces estremecerse de sorpresa, como la brusca intrusión de una persona extraña y demasiado atrevida en la paz de la intimidad familiar.

Aquella Valentina conocía extraños movimientos de alma: un placer demasiado intenso al percibir al paso alguna música apasionada ó al olvidar todas las cosas de la vida ante el color del cielo en la rápida ojeada á uno de los maravillosos horizontes parisenses, ó al sentir una emoción celosa, no razonada y fuerte, cuando después de haber tomado más cariño del que ella creía á una discípula, la veía inconstante ó indiferente. Y Valentina encontraba aquellos celos en sus recuerdos más lejanos de la infancia, pequeños dolores, inmensos por su sinceridad... Siempre había estado más expuesta que otra alguna á esos ro-



—¡Oh! ¡Quisiera morir, morir!

¡Quince días! Ella misma se asombraba á cada instante cuando contaba ese tiempo exacto; pues, como sucede cuando todo el corazón está cogido por un huracán de emociones, el suyo había perdido la noción de los días. Aquel tiempo le parecía alternativamente más corto y más largo. Le ocurría á veces que miraba el reloj con una especie de espanto instintivo y secreto, como si las horas de su dicha estuviesen contadas y aquella esfera implacable las fuese devorando...

\* \* \*

Y era que Valentina amaba á su marido con una violencia de que ella misma, tan razonable, no se hubiera creído capaz.

Valentina Marelle no siempre había sido dichosa, según ella decía, y era la verdad.

Su madre había muerto al darla á luz. Su padre, un profesor, la había educado con una dignidad severa, sin mimos; sin debilidades, según él.

Cuando Valentina tenía apenas diez años, á consecuencia de sucesos de familia y de enfermedades; los recursos del Sr. Marelle se encontraron muy mermados. Y su hija que era muy formal, había emprendido, sin brillo exterior, los difíciles oficios de ama de casa y de enfermera.

Durante las tempestuosas convalecencias que seguían á sus ataques de gota, el Sr. Marelle había emprendido la educación de su hija. Cuando, ya restablecido por completo, reanudaba sus clases y sus lec-

zamientos del corazón, pues á pesar de su inteligencia y de su encanto, era demasiado seria y agreste, y aun queriéndola mucho, no era posible mostrárselo siempre, de lo que ella deducía que no debía de ser amable... Ciertamente, Valentina no tenía esa amabilidad de gracia pueril que se traduce en pequeños ademanes cariñosos y en vanas palabras vacías de sentido real, pero llenas de seducción, que conquistan á todo el mundo.

Así fué que cuando, apenas mayor de edad, se quedó sola, después de ver morir á su padre en medio de los crueles sufrimientos de una crisis más violenta que las anteriores, no tuvo á su alrededor las atenciones vulgares, pero consoladoras, de numerosos amigos. Estuvo muy *sola*, en efecto. Algunos parientes lejanos que vinieron de provincias al entierro de su padre para volver á marchar en seguida, no representaban para Valentina ningún cariño.

No tenía tampoco amistades íntimas, pues había sufrido, en la edad de las expansiones más tiernas, dos amargas decepciones con camaradas de la niñez á quienes creía seguras.

Se quedó, pues, sola... con sus libros, con su trabajo y con sus ensueños, si bien no concedía á estos últimos más que un pequeño lugar, cuando no tenía nada que hacer, lo cual era muy raro.

Cuando ya se vió libre, la familia de una de sus discípulas, Colette Allire, tuvo que ir á Argelia para cuidar la salud de la madre y de la hija, y propuso á Valentina que se fuese con ellos.

La joven no aceptó sin gran vacilación, pues sabía bien que de aquel modo abdicaría la poca libertad que le dejaban las lecciones; pero, sin embargo, se fué con los Allire. Y, en efecto, no tardó en suceder lo que había previsto. La madre de su discípula, siempre delicada, era muy nerviosa, y el Sr. Allire, una especie de tirano doméstico, no dejaba de hacer sentir su autoridad más que para mostrarse demasiado amable con la institutriz de su hija. Valentina no fué dichosa, pero tomó un profundo cariño á Colette. Era ésta á los seis años uno de esos pequeños seres preciosos y raros que, en cuanto sus pupilas se abren sobre las cosas y sus labios pronuncian palabras, poseen el don magnífico y mágico del encanto. De una belleza fina, delicada, soñadora, la niña era de una naturaleza exactamente opuesta á la de Valentina, y al vivir constantemente juntas, la discípula y la maestra se adoraron.

Pero esto no impidió que Valentina, cuando la familia volvió á París y quiso que se quedara con ellos en definitiva, insistiera en reanudar su vida solitaria y ruda, pero libre. La desesperación de Colette la conmovió, pero no pudo vencer su resistencia.

Y los años habían pasado.

Valentina Marelle tenía cerca de veintisiete cuando una tarde, en una casa amiga, conoció á Juan Donald.

Habiendo sido invitada á comer y habiendo llegado antes que los demás convidados, supo la historia de Donald antes de verle: su gran pasión por su mujer, la muerte de ésta hacia tres años, y el amor inquieto de que rodeaba al hijo que le había quedado..., una historia enteramente dedicada á otros seres y no á sí mismo, es decir, la eterna historia de los corazones tiernos... Valentina se interesó por aquel caso. Creyó encontrarle triste; pero el doctor Donald era un nervioso y además tenía una alta inteligencia y un entendimiento curioso, y sabía ocultar perfectamente la intimidad de su pensamiento. Esto fué causa, sin duda, de que aquella noche se asombrase Valentina de la animación que mostraba y del ardor con que parecía tomar parte en todas las manifestaciones de la vida.

Donald estuvo interesante, elocuente y simpático. Valentina le escuchó muy atenta y casi silenciosa. Durante la velada, Donald preguntó al dueño de la casa:

—¿Quién es esa joven morena que no habla?

—Es una muchacha que...

Y al nombre de Valentina, el interrogado añadió en pocas palabras el relato de la vida que Valentina hacía y había hecho siempre. Juan Donald movió la cabeza sin responder, y aquella noche no cruzó con ella más que unas cuan-



... los ojos de Juan Donald fueron á posarse en un retrato colgado en la pared

tas frases insignificantes. Pero cuando volvió á su casa, en la que sólo respiraba el frágil aliento de su niño; á su casa, vacía de una presencia femenina, Juan hizo entrar en ella, por primera vez desde la muerte de Elena, la imagen y el pensamiento de otra mujer..., de aquella joven tan morena, de ojos tan vivos y tan profundos, de sonrisa silenciosa y comprensiva, de boca tan llena de expresión...

—¡Qué hermosa energía tienen algunas mujeres!, pensaba.

Porque Donald creía que la más grande energía consiste en hacer, con sencillez y serenidad, una vida de deberes continuos, una vida de esfuerzos sin triunfo, en la que se teje lentamente, con el hilo de tantas horas medianas y modestas, la hermosa y sólida trama de la dignidad y del valor.

Ahora bien: aquella misma noche y en la modesta casita que una asistenta iba á arreglar por las mañanas, Valentina tuvo que luchar contra una de sus más fuertes crisis de aflicción.

La joven se sublevaba contra aquella miseria moral, se defendía y trataba de rechazar á la Valentina demasiado violenta, á quien siempre trataba como á una extraña, como á una intrusa temida. Pero aquella noche la tal Valentina era la más fuerte y hablaba alto, para decir, precisamente, la inutilidad de la vida triste y obscura que á la misma hora estaba admirando Juan Donald.

—¿Quién te ama?, preguntaba la atrevida. ¿A quién amas tú? ¿A quién conoces? Tu tiempo, devorado por el trabajo, no te ha permitido siquiera leer todas las obras; cuyo génesis te ha hecho entrever el doctor esta noche por interesantes detalles sobre los que las escribieron, y cuyo fin te ha explicado por medio de consideraciones generales más interesantes todavía. Y ese trabajo, que te absorbe un tiempo tan precioso, ¿qué te da? Lo estrictamente necesario para vivir, pero ninguno de los atractivos de la vida. Alrededor de ti, la decoración de tu existencia es vulgar... (Valentina miraba con sufrimiento sus pobres y viejos muebles)... Llevas vestidos decentes, pero sin ningún

adorno. Te dice la gente que eres inteligente... Pero te adulan sin duda para que emplees mejor tus facultades en educar á sus retoños. ¿Crees ser verdaderamente inteligente y artista cuando no tienes ni tiempo ni medios para ir á los conciertos á oír la música que adoras, ni á los teatros, donde te apasionaría la evolución del espíritu moderno, ni á las exposiciones... ni á ninguna parte, en fin?.. Estás dando vueltas, ya ciega y sorda como un viejo caballo enganchado á una noria, en un estrecho círculo, y eres bastante loca para estar generalmente contenta...

—¡Oh! Sí, ciertamente, estoy contenta y hasta soy dichosa..., exclamó Valentina casi en voz alta, como para romper el maleficio que le despedazaba el alma...

Pero, de repente, aquel pobre corazón se fundió, y levantando las dos manos con un ademán de llamamiento y de angustia, la joven rompió á llorar.

Todas las fatigas, los trabajos, los rencores, los cuidados y las lejanías heridas de su alma expansiva de otros tiempos; todo aquello contra lo cual había combatido tanto y tan victoriosamente, la asaltaba á la vez, y la razonable Valentina se vió envuelta en una oleada de emociones en la que sobrenadaba el recuerdo de una historia, recientemente oída, de inmenso amor, de un hombre apasionadamente enamorado de una mujer adorada y enferma, de ese amor continuado más allá de la muerte en la persona de un tierno niño...

En una especie de delirio, de rebelión y de angustia, Valentina hubiera querido ser aquella muerta que había sido tan amada, ó aquel hombre con todos sus recuerdos ardientes y dolorosos, ó aquel delicado niño á quien se hacía objeto de mil cuidados y caricias..., todo, menos ser ella misma. Y la joven exclamó llorando:

—¡Oh! ¡Quisiera morir, morir!

\*\*\*

Y ahora, en el salón, impregnado de toda la frescura de aquella noche de primavera que entraba por las ventanas entornadas llena de claridades de luna y de perfumes de acacias, Valentina, con una arrebatadora expresión de vida, estaba diciendo á su marido, á su Juan, todas las miserias pasadas, y se la decía en frases sueltas, en palabras ligeras, entrecortadas de dulces silencios y de besos más dulces todavía.

De ese modo estaba tejiendo una de esas horas finas y fuertes como la más delicada y más sólida red, red adorable en la que á veces se prenden dos corazones para siempre...

Valentina preguntó, y era la primera vez que se atrevía á hacerlo, pues las más enérgicas tienen esas timideces:

—Y tú, ¿cuándo supiste que me amabas?

—¿Y si te respondiera que no lo sé?

Valentina le cogió las dos manos, en un impulso de apasionada violencia.

—¡Ah!, dijo con voz profunda; ¡cómo quisiera que fuese verdad!

—¿Por qué, querida mía?

La joven esposa vaciló un momento con una exquisita turbación. Su natural reserva se había vuelto á apoderar de ella, y su gracia, largo tiempo contenida, no se atrevía á manifestarse. Por fin dijo:

—Porque... me parece que el amor, el verdadero amor, llega sin que se conozca, y que no se puede exclamar un día «¡Le amo!» como no es posible

asombrarse de que el sol esté en el horizonte en una mañana de verano.

Juan la besó sin responder. Recordaba haber amado así; pero no hubiera podido jurar sinceramente que su amor actual fuese idéntico al antiguo, al primero.

Tenía la cabeza de Valentina apoyada en su pecho y percibía hasta los ligeros latidos de sus sienas, hasta el roce tenue de sus cabellos en la nuca y en la frente. Y, sin embargo, por encima de aquella cabeza tan querida, los ojos de Juan Donald fueron á posarse en un retrato colgado en la pared, una cara de mujer joven, de aspecto risueño, pero enfermizo. La sonrisa de aquel retrato al pastel tenía una dulce claridad. Su cabello, ni negro ni rubio, sino de ese matiz que los ingleses llaman *auburn*, estaban levantados con negligente coquetería alrededor de las estrechas sienas. Sus cejas dibujaban un fino arco por encima de los ojos azules. Sus labios resplandecían con un color rosado menos vivo que el de los pómulos. Era aquella una imagen tan extraordinariamente joven y fresca, que no era posible mirarla sin una especie de ternura, como se mira á un precioso niño; y, sin embargo, el corazón se oprimía al verla, sin saber por qué.

Era que en aquella cara tan deliciosamente femenina, se descubría un cierto esfuerzo de expresión para sostener su apariencia dichosa. Los párpados y la nariz,

ligeramente contraídos, denotaban ese esfuerzo de tal modo, que á pesar de la juvenil belleza de las pupilas y de la tez aterciopelada y casi infantil de la cara, después de haber dicho: «¡Qué linda criatura!», había que añadir, muy bajo: «¡Qué aspecto tan enfermizo!»

Sí, Elena Donald estaba ya muy enferma cuando se hizo aquel retrato, y murió poco tiempo después.

Juan no miraba nunca aquella imagen sin que se le oprimiera el corazón. Y Valentina, que sabía cuánto había adorado Donald á su primera mujer, casada con él muy joven—apenas diez y ocho años—y con qué solicitud la había cuidado, sentía, sin querer confesárselo á sí misma, una impresión análoga en sus efectos, aunque no en su causa, ante aquel mismo retrato.

Juan se estremeció, y Valentina exclamó en seguida:

—¡Calla! El correo ha llegado. Hay una carta encima de la chimenea... La habrán traído mientras estábamos en el jardín...

La joven se levantó, cogió la carta y se la dió á Juan:

—¡Ah!, exclamó éste, noticias de Remigio. Es la letra de la señora de Sauvel...

Remigio había sido confiado por su padre, para las primeras semanas de su segunda unión, á una familia íntimamente amiga que vivía en los alrededores de Bayona.

Valentina, sentada enfrente de Juan, con las manos cruzadas sobre las rodillas, le miraba leer.

Juan estaba enteramente absorto. Por momentos fruncía el ceño y otras veces se sonreía. La carta era larga y le daba noticias detalladas de su hijo. Donald quería que fuese así, como médico muy exigente y como padre profundamente tierno. No había llegado al final de la segunda carilla (y quedaban todavía ocho, cubiertas de una letrita fina y apretada) cuando Valentina se estremecía ya interiormente de impaciencia, víctima de un sordo sufrimiento, tan inconsciente y falto de explicación como el malestar que sentía ante el retrato de la muerta.

Valentina no experimentaba tales movimientos de

ánimo sin darse cuenta de ellos y se quedaba dolorosamente asombrada.

¿Qué era, pues, aquella nueva criatura que surgía en su corazón desde que amaba á Juan? Valentina sabía que era amada profundamente; pero ¿cómo iba á ser más fuerte que aquel poderoso recuerdo, ella,

puesto triste y como enfadado, pero ni el uno ni el otro habían dicho nada.

Valentina sabía que Juan había encargado que dejasen á su hijo enteramente libre para escribir lo que quisiera al fin de las cartas y para no escribir nada si no quería, pues Donald no atribuía importancia alguna á las cosas ni á los sentimientos expresados con esfuerzo. Ahora bien: era evidente que había habido esfuerzo en las palabras y á esa señora, porque se veía una suspensión en la escritura. Después habían llegado otras cartas sin nada de Remigio, y Donald las había también leído para sí al principio.

De repente, Valentina vió que la cara de su marido se iluminaba.

Juan atrajo á su mujer, sonrió y le dijo dándole el último pliego:

—¡Mira!.. ¡Lee!.. ¡Lee!..

Valentina leyó:  
—*Un beso á papá y á mamá Tina...*

—*Mamá Tina! ¿Ves qué amable? Lo ha puesto espontáneamente, dijo Juan enternecido.*

Valentina apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

Al cabo de un instante, Donald preguntó:

—¿Qué tienes?.. ¿Estás llorando?..

—¡No! ¡Oh, no!, exclamó Valentina enseñando la cara y los ojos inundados de lágrimas. ¡Soy muy feliz!.. ¡Eres tan bueno y ese niño querido es tan cariñoso! ¡Ah! ¡Cuánto os quiero!

Y la joven sentía casi remordimientos por sus sombríos celos y sus tristezas ocultas. Entonces

comprendía que Juan, al guardar para él solo la primera lectura de las cartas, había querido ahorrarle todo lo que pudiera ofenderla ó causarle pena... ¡Qué alegre se había puesto al encontrar aquella frase encantadora de su hijo para ella!

Aquella noche, en la discreta claridad del salón, Valentina no miró ya á la ausente de cara risueña y enfermiza. La olvidó completa y fácilmente, entregada á la felicidad de su nueva vida y de su amor, del inmenso amor que iba á reunirlos á los tres; á ella, á su marido y al hijo de aquella ausente, que quería hacer suyo...

II

LO QUE HACE LA FELICIDAD

En el tren que la traía de París, donde había pasado el día haciendo compras, Valentina venía pensando en la casa tranquila, sencilla y alegre que la esperaba.

Una vez escogida una casa bastante cerca de París para que el doctor Donald pudiese ir fácilmente á la capital para sus consultas, sus visitas y su clínica del hospital, Juan cedió á uno de sus colegas una parte de su clientela y la responsabilidad de los casos urgentes, á fin de proporcionarse el descanso que necesitaba. Los dos, sin embargo, habían querido que su casa estuviese bastante resguardada y aislada para no sentir en ella demasiado el aliento de la ciudad; habían querido que estuviese cerca de un bosque de saludables efluvios, algo alejada de todo pueblo y bastante rodeada de campos y praderas para que el dulce verdor y el mar reposante de las espigas les asegurasen la beneficiosa serenidad que se exhala de la pródiga tierra.

Y mientras el tren pasaba por las fortificaciones de vertientes cubiertas de hierba gris y rapada, como una alfombra vieja y sucia, y recorría los alrededores de París, Valentina miraba las casas vulgares y presuntuosas, que parecían de azúcar, con sus jardinillos adornados de estatuas de escayola, y las comparaba con su casa, con la casa de los dos; un viejo edificio



Era una conversación cándida la que se cruzaba por encima del seto blanco y verde

que no había aportado á su marido nada del mundo más que ella misma? Tenía en su Juan una confianza absoluta... ¿Por qué, pues, sufría de aquel modo?..

Valentina preguntó por fin:

—¿Remigio está bueno?

—Sí, querida mía, muy bueno.

Y siguió leyendo, sin que su mujer se atreviera á decirle:

—Lee en voz alta...

Puesto que Juan estaba entonces enteramente ocupado en su hijo, también ella se puso á pensar en él. Le había visto muy poco.

Las primeras veces, cuando Juan se le presentó en casa de unos amigos, había sentido en seguida una gran simpatía por aquel niño de fisonomía fina y delicada, de rizos rubios, pequeño aún para sus nueve años y muy parecido á la cara sonriente y enfermiza que vivía allá... en la pared. El niño estuvo con ella amable y cariñoso. Pero después, cuando poco tiempo antes del casamiento, le advirtieron el nuevo papel que iba á desempeñar en su vida aquella joven señora de cabello tan negro y ojos tan brillantes, Valentina le encontró cambiado; menos tierno, con cierta dureza en sus ojos azules y con cierta resistencia sorda en todo aquel cuerpecito vivo y nervioso. Valentina se había inquietado. Su vibrante sensibilidad, que ella quería siempre reprimir, se había despertado y había sentido peligros futuros. Pero pronto había dominado su razón. «¡Bah! Un niño delicado puede muy bien tener esos rasgos de humor nervioso.» Y ella era más que capaz para vencer esos movimientos pasajeros. Y Valentina puso todo su corazón en el beso de despedida que dió á Remigio al marcharse... Pero no sintió el corazón del niño en el beso que éste le devolvió...

Juan seguía leyendo, y el alma de Valentina se angustiaba más y más. Recordaba que al fin de la primera carta de los Sauvel, en una gruesa línea de una letra muy torpe, pues el niño estaba muy atrasado, Remigio había escrito estas palabras:

«*Un beso á papá... y á esa señora...*»

Esa señora... era ella, la extraña... Juan se había

sin arquitectura exterior, con una planta baja levantada sobre un terrado y más ancha que los pisos superiores, á cuyos balcones trepaban las enredaderas para darles un encantador aspecto de irregularidad y de fantasía.

El jardín era muy grande y tenía una huerta en el fondo. Unos hermosos rosales plantados al azar le llenaban con su perfume, y las calles, apenas trazadas, demostraban un abandono de larga fecha, pues la casa había estado desocupada mucho tiempo. A Valentina le gustaba pensar que aquella morada no conservaba huellas de otras existencias.

Juan Donald la había alquilado por un largo espacio de tiempo, conservando, sin embargo, su piso de París, y esto les animaba á arreglar aquel interior enteramente á su modo, sin lujo, pero con un buen gusto extremado.

Aquel día, Valentina llevaba de París unas telas, un pequeño fardo de alfombras y en su saco unos objetos de escritorio para la mesa de Juan y unos cuantos adornos para una galería que ella pensaba convertir en su estancia favorita durante el invierno.

¡El invierno! Se le presentía ya muy cerca; pronto á surgir al primer crepúsculo un poco prematuro ó un poco frío... Estaba escondido en aquel bosque, en el que el oro y el mohó de octubre convertían los árboles en una decoración de cuento de hadas, y se extendía suavemente, como un gran velo, por las praderas de hierba más azulada que verde al soplo de las madrugadas precozmente frías.

Pero, al pensar en el invierno, Valentina no experimentaba más que una sensación de bienestar, en aquel otoño dorado y delicioso.

Imaginaba las íntimas veladas más largas, entre el fuego y la lámpara, entre el trabajo de Juan y el suyo propio..., un trabajo delicado y blanco, de pequeñas labores de hilo, de encaje y de ligera lana, especie de pelusa que estaba reuniendo para el nidó que en la próxima primavera debía abrigar al recién venido..., al niño que esperaba, suyo, sólo suyo...

Pero, de pronto, otro pensamiento, unido por oscuros lazos á aquellas, dulces ideas, echa un tenue velo sobre los grandes y húmedos ojos de la joven, mientras por la ventanilla del vagón ve huir los campos ya adormecidos bajo la fina ceniza de la noche...

Aquel pensamiento la inquieta.

—¿Habrá sido prudente Remigio? ¿Le habrá cuidado bien Luisa?... Con tal de que esté ya en casa á esta hora traidora y peligrosa del otoño, en la que tan pronto se cogen unas anginas ó un catarro...

Y Valentina hubiera querido apresurar aquel tren que se detenía con frecuencia, estar ya á la puerta de su jardín, de su casa, y saber cómo estaba su hijo... ¿Su hijo? Sin duda, puesto que era el hijo de aquel á quien ella amaba tan profundamente, de aquel cuyo pasado había hecho suyo al casarse... Y Valentina amaba aquel pasado en el niño de su marido. La joven esposa había encontrado en él una pesada tarea; y á pesar de toda la tierna perspicacia de su corazón y de la inteligencia de sus cuidados, aquel niño la perturbaba sin cesar con su temperamento lleno de recursos y de debilidades inesperadas, con su encanto, á veces poderoso y cortado de pronto por bruscas rebeliones, injustificadas desconfianzas y rencorosas frialdades... Valentina no le comprendía á veces, y otras temía comprenderle demasiado. Pero siempre trataba de ocultar esas dificultades á Juan ó de atenuarlas cuando surgían en su presencia. Donald le había confiado en cuerpo y alma aquel niño como si fuese hijo de los dos, y esa plenitud de poderes maternales le daba una entera responsabilidad... Pero á pesar de sus esfuerzos, no se sentía en posesión de tales poderes. Lo mismo cuando ordenaba que cuando prohibía, creía que Remigio iba á observar que su voz no era segura, y á cada rebelión y á cada muestra de indiferencia del niño, se encontraba desorientada y llena de dudas sobre sus propias decisiones. ¿Estaba acertada? ¿Debía ceder en algo, ó sería, por el contrario, una falta que pudiera traer graves consecuencias para la salud ó para la educación de Remigio?

De este modo, Valentina, tan firme hasta entonces en la vida, se encontraba de repente con una conciencia vacilante respecto de aquellos nuevos deberes, y con frecuencia su corazón escrupuloso se angustiaba ante la idea de que el pequeño y querido ser que esperaba, traería acaso un nuevo elemento de discusión entre ella y Remigio... y—no se atrevía á pensarlo todavía—entre ella y Juan.

Embebida en estos pensamientos, que le eran hacía algún tiempo familiares, se encontró con sorpresa en la puerta de su casa, después de haber bajado del tren y recorrido como una sonámbula el pequeño trayecto desde la estación.

En cuanto sonó en el jardín, ya obscuro, el ruido de la campanilla de la verja, Valentina percibió un

movimiento significativo, una carrera á través de las enramadas, llamadas en voz baja... Ocurría, pues, lo que estaba temiendo; Remigio se encontraba todavía en el jardín, á pesar de las órdenes dadas á Luisa, una niñera que había estado en la casa en los últimos tiempos de la primera mujer de Juan y á quien éste había vuelto á recibir hacía un año.

Valentina se detuvo y gritó:

—¡Remigio! ¡Remigio!

Por toda respuesta se oyó un cuchicheo, y después todo quedó en silencio.

La joven esposa subió la escalinata, empujó la puerta vidriera, atravesó la casa y entró en la cocina, donde no encontró más que á la cocinera, muy ocupada. Preguntó dónde estaba el niño y le respondieron que arriba, en su cuarto.

Y, en efecto, allí estaba, muy encarnado y visiblemente anheloso por una carrera reciente.

—Ven, Remigio, á ver lo que mamá trae de París.

El niño replicó con la peor voz de los peores momentos:

—No; prefiero quedarme con Luisa, que me cuenta verdaderas historias de mi verdadera mamá...

En este momento Valentina se volvió al oír un ruido en la escalera, y vió á Juan. Donald lo había oído todo; Valentina lo conoció en la expresión de su fisonomía. Se sonrió, sin embargo, y le dijo como si nada sucediese:

—¡Tí! ¡Qué alegría! Creí que te quedabas en París esta noche, para ese banquete...

—Sí, debía quedarme..., pero he preferido venir á reunirme contigo... Creo que he hecho bien... He venido en el mismo tren que tú, pero llegué un poco tarde y... Anda, espérame en tu cuarto... Yo voy en seguida.

Y empujándola suavemente, entró en la habitación de su hijo, que, acurrucado en las faldas de su antigua niñera, le miraba de reojo con expresión violenta y astuta.

Valentina, muy afligida, se quedó en el descansillo. No entendía bien las palabras de Juan, que se dirigía á Luisa; pero oyó que ésta exclamaba:

—El señor no querrá tampoco que este pequeño olvide á la pobre señora...

Y en acceso nervioso sin duda, la voz aguda y lacrimosa de Remigio apoyó aquellas palabras, gritando: —¡Mamá!.. ¡Mamá!..

Valentina corrió á su cuarto, triste, irritada y ofendida. Y sin embargo, era cierto, era justo lo que se le recordaba: Remigio no era su hijo.

Otra mujer había sido allí amada y querida únicamente...

Cuando entró Juan, Valentina le ocultó sus recientes lágrimas. Su marido se mostró bueno y afectuoso, pero ella conocía ya muy bien aquella frente sombría y aquella mirada distraída que oprimían el corazón de la joven esposa como si se lo apretase una mano cruel.

—Siente haberse vuelto á casar... Vivía tranquilo con su hijo, y hoy...

Aquel pensamiento dominaba todavía á Valentina un poco más tarde, ante la mesa adornada de rosas y brillante de luz, cubierta de manteles de colores y de porcelanas de alegres reflejos.

Todo indicaba allí los cuidados de una mano femenina deseosa de bienestar y de contento.

Y, sin embargo, no era el contento lo que expresaban las caras de aquellos dos seres sentados frente á frente en aquel cuadro de intimidad. Por la ancha puerta de la pieza próxima, iluminada, se veía el despacho en el que hacía algún tiempo el doctor ocupaba asiduamente su puesto, con el gusto y las fuerzas necesarias para hacer los estudios preliminares de una obra proyectada de larga fecha; y en aquel mismo apacible círculo de luz se veía el silloncito bajo, lleno de almohadones, en el que la joven esposa se sentaba todas las noches entre los delicados encajes de su labor.

Aquellas imágenes eran imágenes de felicidad; pero por encima de ellas se cernía el retrato rubio y encantador; la tenue sonrisa, la mirada infantil y un poco maliciosa de la otra, que estaba contemplando aquella dicha.

—¿En qué pensaré?... se preguntaba Valentina ante la fisonomía grave y preocupada de su marido.

El doctor Donald pensaba que la tarea de su mujer era pesada, tratándose de una joven como ella. Inquieto, nervioso y desgraciado por las dificultades constantes que surgían entre su hijo y su mujer, Juan se preguntaba qué iba á ser de los tres en aquella existencia que él hubiera querido que fuese una existencia nueva.

Sin embargo, puesto que Valentina estaba allí, tan animada y tan tierna, con sus ojos brillantes y velados y su boca ardiente, debía dominar la hora fugitiva, apoderarse de ella y hacerla dulce. ¡Oh! Sí; en eso estaba solamente la felicidad.

## III

## LOS VECINOS

Era una conversación cándida la que se cruzaba por encima del seto blanco y verde. La nueva primavera que brillaba en los campos era menos fresca y menos reciente que aquellos dos personajes: Remigio y una niña un poco más alta que él. Remigio encontraba á aquella niña muy elegante, y la niña encontraba á Remigio muy guapo. Acababan de descubrir que eran de la misma edad y que ninguno de los dos tenía mamá, pero que, sin embargo, los dos tenían una. Una vez llegados á ese grado de conocimiento, se convinieron completamente, y la niña fué la primera que declaró «que serían amigos.»

Remigio respondió con cierta frialdad un poco brutal:

—¿Amigos?... Puede ser... No sé...

—¡Oh!, exclamó la niña indignada.

Pero, casi en seguida, añadió humildemente:

—Sí, comprendo; hubieras querido tener un niño por amigo... Es más alegre para jugar... Pero, qué quieres, yo no tengo ningún hermano...

Y después de esta declaración, hecha en tono desolado, añadió confidencialmente:

—Y creo que nunca lo tendré... Mamá no quiere comprar uno... Dice que es bastante un niño en una casa... Yo no pienso lo mismo.

Después de haber dado así su opinión terminante, que resultaba en concordancia con la de algunos personajes eminentes, pero en la que no entraban para nada las preocupaciones civiles y sociales, la niña tomó aliento, pues había hablado muy de prisa, y esto dió tiempo á Remigio para responder:

—Yo sí tengo un hermanito...

—¡Qué feliz eres!

Peró Remigio movió la cabeza:

—No sé por qué...

La pequeña, entonces, pareció que no quería comprender á un niño tan singular. Pero Remigio se dignó explicar su pensamiento.

—¡Es tan pequeño!, dijo. Creo que no ha habido nunca un hermanito tan pequeño. Y luego... ¿sabes?... no es lo mismo, porque éste es el niño de mi segunda mamá...

—Y la segunda mamá no es nunca como la primera, dijo la niña con viveza.

Después añadió:

—No quiero decir que mi segunda mamá no sea muy guapa y muy buena; pero no la veo con frecuencia... Siempre está fuera de casa... Hemos venido aquí para que ella descansa, pero descansa á caballo ó en coche y no la veo mucho más que en París... ¿Estás tú también solo mucho tiempo?

—No, no; yo estoy siempre con mamá Valentina y con Juanito, mi hermano...

La niña iba á exclamar de nuevo: «¡Qué feliz eres!» cuando dió un grito, que Remigio no comprendió, así como tampoco el impulso repentino que arrojó á aquella pequeña desconocida en los brazos de mamá Valentina, que había aparecido en la calle de árboles.

Más tarde supo que en aquella niña que quería ser su amiga, Valentina había encontrado á su discípula de otro tiempo, aquella Colette Allire, cuya madre había muerto y á quien el padre, casado de nuevo, había dado como «segunda mamá» una joven y brillante mujer.

\* \* \*

Valentina recibió al día siguiente en su jardín á aquella señora de Allire. Gracias á los dos niños, el reconocimiento entre ella y los Allire había sido rápido:

—¡Oh, señora, estoy encantada por esta coincidencia tan feliz!.. Mi marido y esta querida niña me habían hablado con frecuencia de usted y del tiempo en que disfrutaban la dicha de tenerla á su lado, cuando vivía la pobre madre de esta criatura. ¡Oh, Dios mío, sí, la vida es tan extraña! ¿Verdad? Pero ahora es una verdadera suerte el que seamos vecinos, ¿no es así?

Valentina no pudo hacer más que asentir. Todo aquel pequeño monólogo de presentación de la nueva señora de Allire había sido superiormente dicho, en el tono exacto de gracia, de melancolía y, por último, de satisfacción definitiva, que convenía á cada una de sus frases llenas de tacto. Valentina, sin embargo, veía muy bien el fondo un poco afectado é investigador de aquella brillante rubia, ligeramente pintada, que la miraba como «la antigua institutriz de Colette.» La visita se hacía en el jardín, donde la señora de Donald estaba instalada entre Remigio, ocupado en observar las hormigas, y la cuna «Moisés» en que dormía Juanito.

(Continuará.)